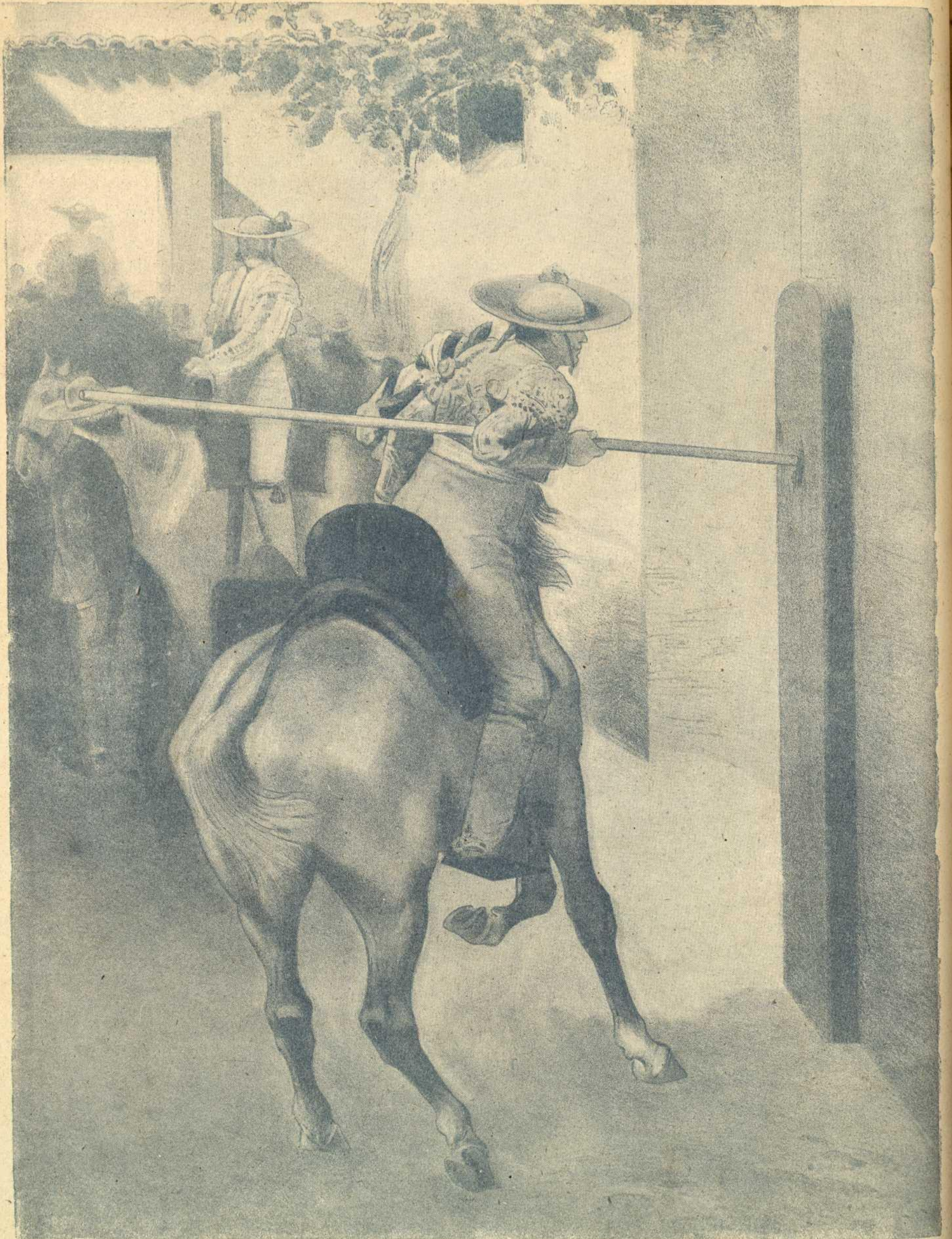


El Ruedo



LAAYEDRA

1⁵⁰
PES



En el patio de caballos.
(Dibujo de Perea.)



El Ruedo

FECHAS DEL TOREO

Alternativa de
Vicente BARRERA

Plaza de Toros de Valencia
17 de septiembre de 1927

Juan Belmonte saluda al
nuevo matador de toros
después de hacerle entrega
de los "frastos" y cederle la
muerte del toro Romano,
de Concha y Sierra

DOS LANCES DEL TOREO EN TRES EPOCAS. DISTINTAS

LA VERONICA Y EL PASE NATURAL

Por ANTONIO CASERO



1.900.



1.920.



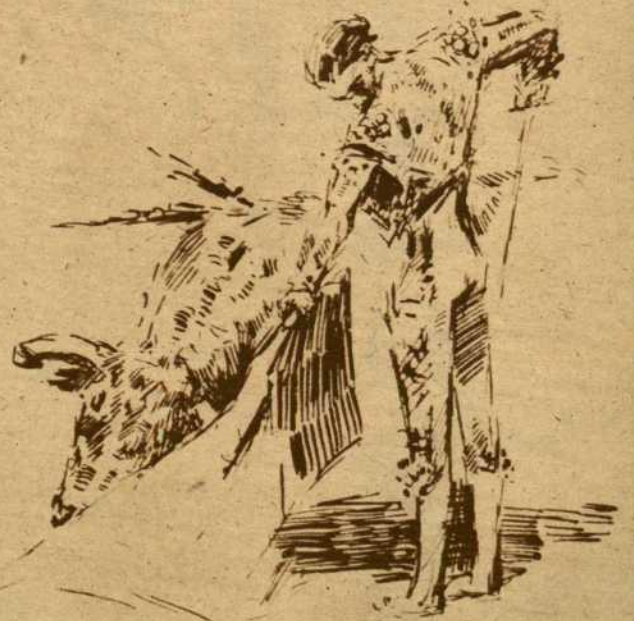
1.944.



1.900



1.920.



1.944.

ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II -> Madrid, 17 de enero de 1945 -> Núm. 32



EN ESTE NUMERO
LUIS MIGUEL DOMINGUÍN habla para EL RUEDO
 (Información en las págs. 16 y 17) (Fot. Manzano.)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



DLJE el miércoles último que volvería a insistir sobre el anticuado pleito del abono, con el propósito de sugerir a quiénes pueden realizarse un "sustitutivo" eficaz. Y no es que me niegue a aceptar sus buenos resultados cuando regía, sino que dudo de los que pudiera tener ahora, tal y como estaba. Cuando las cosas daban de existir es por algo digno de consideración. Más que unas voluntades individuales, pesan unos hechos. Al no restarse el abono en el año 39, o al menos en el 40, trabajo costaría hacerlo ahora tras un lustro en el que muchos lo olvidaron y muchísimos —incorporados después a la afición— ignoran lo que fue.

El uso —no el abuso— del actual sistema del carné resultaría cómodo, no muy gravoso y suficiente para el aficionado si su posesión ofreciese algunas garantías respecto al disfrute seguro de unos carteles en las que con tiempo se anunciaran fechas, matadores y ganaderías para una serie de corridas equivalente a la de un abono.

La Empresa, por sí, como recompensa a los poseedores de carné —a los que cobra una corrida que nunca da—, debería hacerlo; pero es que supongo, creo que con fundamento, que como arrendataria de la primera Plaza del mundo, estará obligada a hacerlo así, y aunque desconozco los términos del contrato con la poseedora del inmueble —la Excelentísima Diputación Provincial—, estoy seguro de que si no consta aquella ineludible obligación, podría constar en cualquier momento.

Además, hay una Dirección General de Seguridad y un Sindicato Nacional del Espectáculo, decididos siempre a velar por los intereses de la fiesta y del público, capaces de tomar medidas —si es que no las tomaron ya— para que el prestigio que corresponde a la primera Plaza del mundo no sufra los tremendos golpes de que fué víctima en las temporadas anteriores.

Organizar una serie de ocho o diez corridas para la temporada de primavera y otra de seis u ocho para la de otoño, en cuyas combinaciones figurasen bien dosificados d'estros de la clase española y de las otras categorías, junto a los de simple novedad, con toros de los más famosos herreros, escrupulosamente escogidos, me parece ardua tarea; pero no imposible para una Empresa que podría recabar en un momento dado todas las asistencias necesarias de las autoridades.

Seamos optimistas. Yo soñé anoche que ya estaban ultimadas estas combinaciones —en las que intervino, en sueños, naturalmente— para la temporada primavera que se avecina:

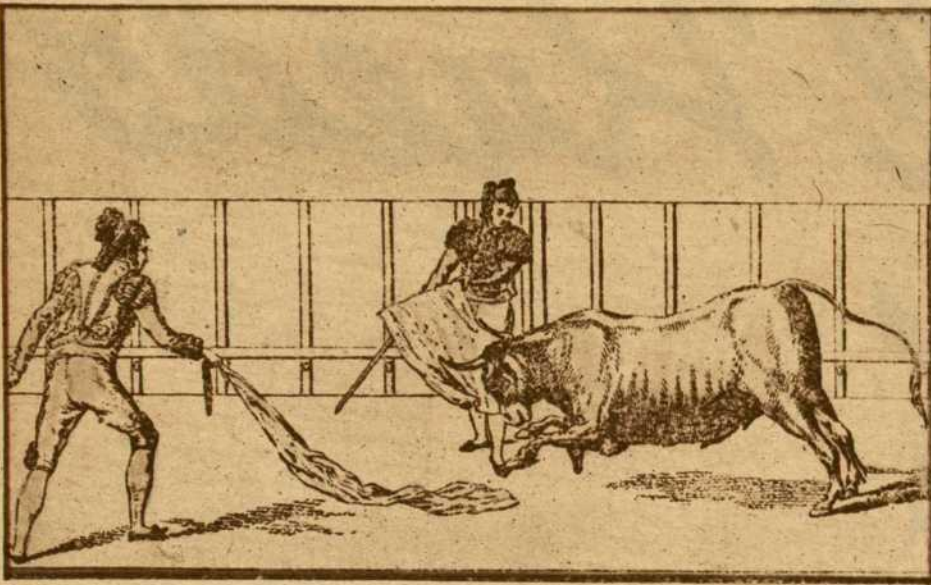
Corrida de inauguración, el día 1 de abril, Domingo de Pascua: Toros de Pablo Romero, para Cagancho, Gitanillo y Albacín. Primavera de abono: Miras, para Ortega, El Estudiante y Pepe Bienvenida. Segunda: Apés, para Manolo Escudero, Angelete y Ángel Luis Bienvenida. Tercera: Toros del conde de la Cort, para Manote, Belmonte y Pep Luis Vázquez. Cuarta: Alipio, para Manolo de Talavera, Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín. Quinta: Toros de Domecq.

—No sigas, no sigas! —me cortó una voz en el sueño—. ¿No ves que llevas ya cinco combinaciones sin meter ni un solo torero mejicano?

¡Es verdad! Pero, ¿qué hago yo con esta lista tan grande, en la que aun quedan buenos toreros españoles?

¡Y me desperté!

LAS SUERTES DEL TOREO



Pase de pecho. (Tauromaquia de Pepe-Hillo.)



Pase de pecho. (Epoca actual.)

EL temerario y vanidoso sevillano, nacido en el castizo barrio de San Bernardo, José Delgado Hillo, escribió una «Tauromaquia o Arte de torear», cuya primera edición vio la luz pública en Cádiz en el año 1796.

Pepe-Hillo aseguraba que su «Tauromaquia» era «obra utilísima para toreros de profesión, para los aficionados y toda clase de sujetos que gustan de toros».

Daba consejos de cómo, cuándo y con qué clase de toros se debían hacer las suertes y cómo había que ejecutarlas, y, ¡paradojas del Destino!, el autor de esta «obra utilísima para toreros de profesión» murió en la Plaza madrileña a causa de una brutal y espantosa cornada que le infirió el toro Barbudo. Es decir, que los consejos de Pepe-Hillo no le valieron a... Pepe-Hillo.

Por mera curiosidad y para matar el tiempo en esta larga espera del invierno, mientras llevamos la cuenta de los días que nos faltan para que la temporada taurina dé comienzo, quiero hacer, gráfica y por escrito, bien patente la diferencia que existe entre las suertes que explicara José Delgado y las que ahora me han explicado los actuales toreros. Empezaré por la «Suerte de frente o a la verónica», de la que Hillo dice:

«Esta es la que se hace de cara al toro, situándose el diestro en la rectitud de su terreno. Es la más lucida y segura que se ejecuta y sus reglas son a proporción de los toros. El franco, boyante, sencillo o claro, que todo es uno, se debe dejar venir por su terreno, y cuando llegue a jurisdicción, cargarle la suerte y sacarla, y hasta

DE LA TAUROMAQUIA DE PEPE-HILLO AL ESTILISMO ACTUAL

este acto parará el diestro los pies para lograr echarle cuantas suertes quiera, procurando siempre que quede la res derecha y no atravesada.

Si estos toros tienen muchas piernas, deberá el diestro situarse a bastante distancia para citar a la suerte, porque siempre pueden rematarla; pero si carecen de ellas, se han de citar sobre corte de forma que rematen y hagan suerte; y si no sucede muy de continuo que se quedan, por falta de piernas, antes de llegar al engaño o en el centro, entonces puede peligrar el diestro.»

En contraposición a lo que escribió Pepe-Hillo, he aquí la descripción de una verónica moderna, explicada por un moderno torero, que me ha dicho así:

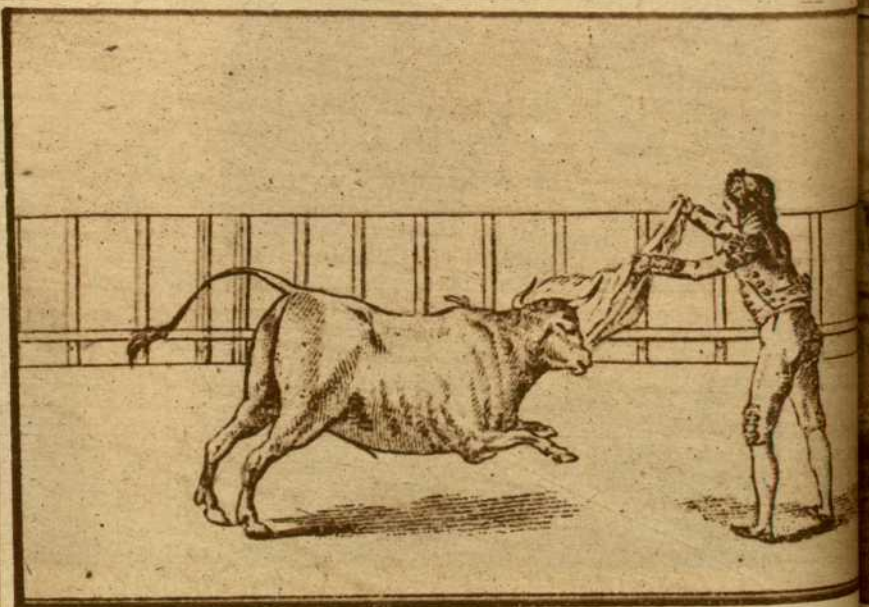
«Me coloco a prudencial distancia del toro y muy perfilado con él. Para fijar al bicho nuevo el capote e incluso llego a ponerme sobre las puntas de los pies. Llevo las manos algo adelantadas, más aquella del lado en donde se encuentra el bicho. Si el toro no hace por mí, yo hago por el toro y me acerco más.»

Cuando el astado embiste al engaño que le desafía tercamente entonces cargo la suerte, dejo la pierna como para que pueda hacer en ella, elevo un poco, muy poco, la mano contraria al lugar por donde entra el toro y con la otra, colocada casi a la altura del mullo, le obligo a pasar cerca del cuerpo, quebrando, escorzando generalmente la cintura, para acompañar más, para más alargar lance, al que le imprimo un movimiento lento, pausado, parsimonioso o majestuoso, como soléis escribir ustedes los críticos.

Muchas veces el toro gira en un semicírculo a mi alrededor, para luego hacerle volver a entrar una y otra vez, hasta que remata con la media verónica.»

Ahora copiaré lo que Pepe-Hillo escribió del pase de pecho:

«El de pecho es el que se hace estando en la suerte derecha, que es con la que se da la estocada; y como que aquí el brazo que hace, lejos de largarse del cuerpo, como en el pase regular, cada vez se va acortando más, es necesario que se reciba al toro bien en el engaño, y que pase humillado con él por el terreno del diestro, que no rematará nunca la suerte hasta que el toro engendre el derrote y al punto dará uno o más pasos de espaldas para ocupar el centro que aquél deja. Son muy pocos los que ejecutan bien esta clase de suerte, y yo siempre la he tenido por fácil y segura, y mayormente si se hace en seguida del pase regular. Y el recibir desde luego al toro»



Lanza de capa. (Tauromaquia de Pepe-Hillo.)

Cómo las explicaban en 1796 y cómo las explican hoy

La teoría de las lecciones y la práctica de lo aprendido ante el peligro de los toros

pase del pecho es, a la verdad, una suerte de mucho mérito, por lo que tiene de peligrosa; pero como el diestro lo deje llegar bien y pare los pies, está tan seguro como con la capa.»

Otro torero de los de ahora ha sido tan amable y me ha contado, en amena conversación, lo que él hace para dar el pase de pecho. Se expresó así:

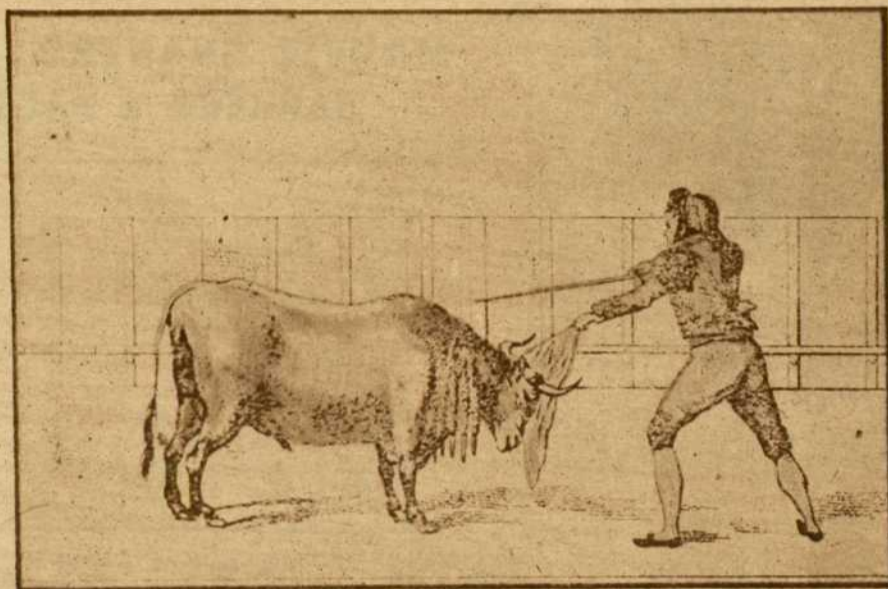
«Después de una serie de naturales, al rematar el último, hago girar al toro para que se revuelva, y colocándome de costado, algo sesgado con el bicho, adelanto la pierna contraria o sea aquella que no es del lado donde se halla el toro; le meto la muleta en la cara y le corro la mano hacia adelante, llevándola baja y la tela casi arrastrando por el suelo.

Acompaño la embestida del toro, y cuando éste ya ha pasado la cabeza por delante y muy junto de mi cuerpo, entonces *alargo* más el paso y muy despacio y muy templado, y mandando mucho, voy elevando la mano, uniendo el movimiento al derrote natural del toro, a su cabezada, y al fin remato el muletazo y saço la tela, si me es posible, por la penca del rabo. Todo esto hay que llevarlo a la práctica sin mover los pies, quieto, aguantando, *tragando* el paquete. Así es cómo se debe dar el pase de pecho, que ahora, casi siempre, es preparado y no obligado, como dicen que se hacía antes. ¡Ah! Una cosa muy importante. Si el pase de pecho es ligado con el natural, hay un momento en que se pierde la cara al toro y... créame, se pasa en ese instante la del tío Carabina.»

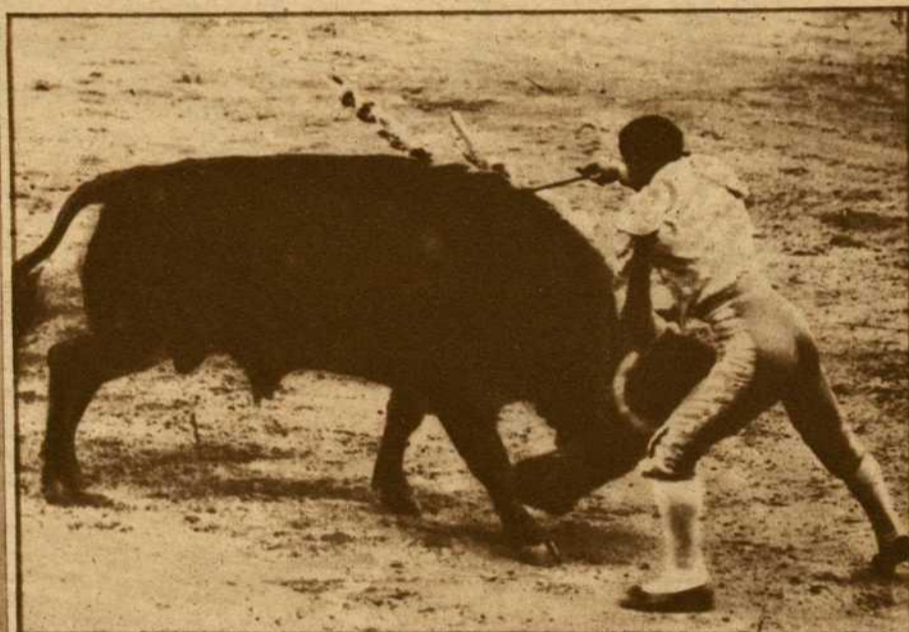
Como último botón de muestra de la diferencia del toreo de antes, y sigo refiriéndome a la época de Pepe-Hillo, al de ahora, ahí va la descripción de la estocada a vuelapié, que aparece en la «Tauromaquia» de José Delgado:

«Esta fué inventada por el famosísimo torero de nuestros días Joaquín Rodríguez Costillares. Consiste en que el diestro se sitúa, a la muerte con el toro, ocupando cumplidamente su terreno, y luego que al cite de muleta humilla y se descubre, corre hacia él, poniéndose en el centro y dejándose caer sobre el toro, mete la espada y sale con pies.

Esta suerte es lucidísima, y con ella se dan las mejores estocadas; se hace a toda clase de toros que humillen y se descubran un poco. Pero no es siempre ocasión de ejecutarla, sino sólo cuando los toros están sin piernas y tardos en embestir.»



Suerte de matar a volapié. (Tauromaquia de Pepe-Hillo.)



Suerte de matar a volapié. (Época actual.)

Reconozco y declaro que ahora se mata al volapié, pero no se hace muchas veces el volapié, por la sencilla razón de que existen pocos matadores que se decidan, en la hora suprema, a *jugársela* otra vez; pero como los toreros, todos, conocen la suerte del volapié, he aquí cómo dice un matador que se debe ejecutar:

«El torero debe situarse a no mucha distancia del toro y en su frente. Perfilado y con la mano derecha montada a la altura media del pecho, sobre el corazón. La muleta, en la izquierda, con el vuelo de la tela algo arrollado al palillo.

Debe encontrarse en línea recta con el centro del testuz, aunque tampoco *sea malo* el hacerlo sobre el pitón derecho y aun sobre el contrario. Con el pie izquierdo se inicia el avance y después se adelanta el derecho, y en ese momento se echa la muleta hacia abajo, para hacer humillar al toro y que descubra el morrillo. Entonces se *cruza* llevando la muleta hacia la parte de afuera para que el toro pase el testuz por bajo del brazo derecho, que va hundiendo el estoque en el hoyo de las agujas, saliendo el espada, después de doblar la cintura sobre el pitón derecho, rozando limpiamente el costillar del mismo lado del toro. Hay que tener muy en cuenta que el toro vaya muy embebido, muy *embarcado* en la tela, para que siguiéndola remate la cabezada ya una vez pasado el cuerpo del diestro.»

Quisiera ahora, y ya por mi cuenta, hacer bien clara la diferencia de unas y otras explicaciones; pero como creo que esa diferencia es bien manifiesta, prefiero no alargar más estas líneas y, por tanto, aquí doy fin a ellas.—CHAVITO



Lance de capa. (Época actual.)

17 matadores de toros valencianos ha habido en lo que va de siglo XX

MANUEL GRANERO —prematadamente malogrado—, VICENTE BARRERA y RAFAELILLO han sido los más destacados



Granero en un pase de pecho

ellos se esperaba, como Francisco Tamarit (Chaves), Enrique Torres, José Pastor, Rafaelillo—luchando este último siempre con una gran adversidad— y Morenito de Valencia, toreros finos, todos ellos malogrados cuando estaban a punto de conseguir llegar al pináculo de los elegidos.

Y, finalmente, para los lectores amigos de las estadísticas, transcribiremos a continuación, por orden cronológico de alternativas, la ficha de los 17 matadores de toros valencianos que ha habido durante los cuarenta y cuatro años taurinos del siglo que corre:

José Pascual (Valenciano). Nació en Valencia el 25-12-1870. Emilio Torres (Bombita) le dió la alternativa en la Plaza de Valencia el 18-10-1903.

José Casanave (Morenito de Valencia). Nació en Valencia el 29-10-1905; tomó la alternativa en Gerona, de manos de Saleri.

Isidoro Martí Flores. Nació en Alfarrasi el 22-8-1884. Tomó la alternativa en Sevilla el 28-9-1910, de manos de Quinto. En 1921 sufrió una grave cogida en la Plaza de Beziers (Francia), de resultas de la cual murió unos meses después.

Manuel Granero. Nació en Valencia el 4-4-1902. Se doctoró en Sevilla el 28 de septiembre de 1920. Como es sabido, el toro Pocapena, de Veragua, le produjo la muerte en la corrida celebrada en Madrid el 7 de mayo de 1922.

Manuel Soler (Vaque-rito). Nació en Valencia el 19-3-1892. Juan Belmonte le dió la alternativa en Valencia el 24-6-1921.

Francisco Vila (Rubio de Valencia). Nació en Valencia el 8-3-1884. Paco Madrid le doctoró en su ciudad natal el 13-11-1921.

Rosario Olmos. Nació el 3-10-1897. Tomó la alternativa en Valencia el 11-5-1923, de manos de Saleri II.

Manuel Martínez. Nació en Ruzafe el 26 de julio de 1897. Tomó la alternativa en Madrid el 21-9-1924, de manos de Valencia.

Francisco Tamarit (Chaves). Nació el 18-10-1897. Se doctoró en Valencia el 26 de septiembre de 1925. Fue su padrino Villalta.

Vicente Barrera. Nació el 24-9-1908. Juan Belmonte le dió la alternativa en Valencia el 17-9-1927.

Enrique Torres. Nació el 8-5-1908. Como a su antecesor, Juan Belmonte le dió la alternativa en la misma Plaza el día 1-10-1927.

Tomás Jiménez. Nació en Foyos (Valencia) el 30-3-1898. Rafael, el Gallo, lo doctoró en Valencia el 6-11-1927.

José Pastor. Nació en Oliva (Valencia) el 15-12-1903. Antonio Márquez le dió la alternativa en la Plaza de Barcelona el 17-4-1929.

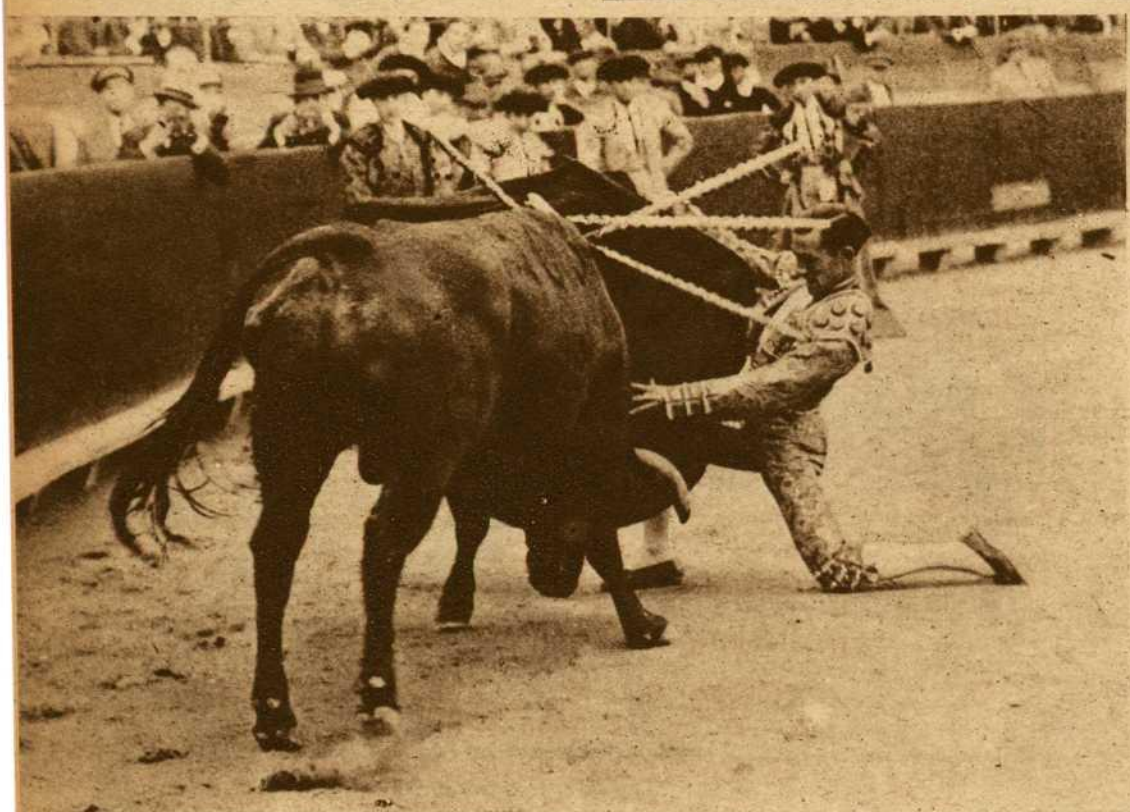
Amador Ruiz Toledo. En Valencia, el Gallo le dió la alternativa el 30 de julio de 1934. Renunció a ella bien pronto, y el año pasado, en Cuenca, Pepe Bienvenida le dió otra alternativa.

Rafael Ponce (Rafaelillo). Nació en los Comtales de Utiel (Valencia) el 2-12-1912. En la Plaza de Valencia Rafael, el Gallo, le dió la alternativa el 6-10-1935.

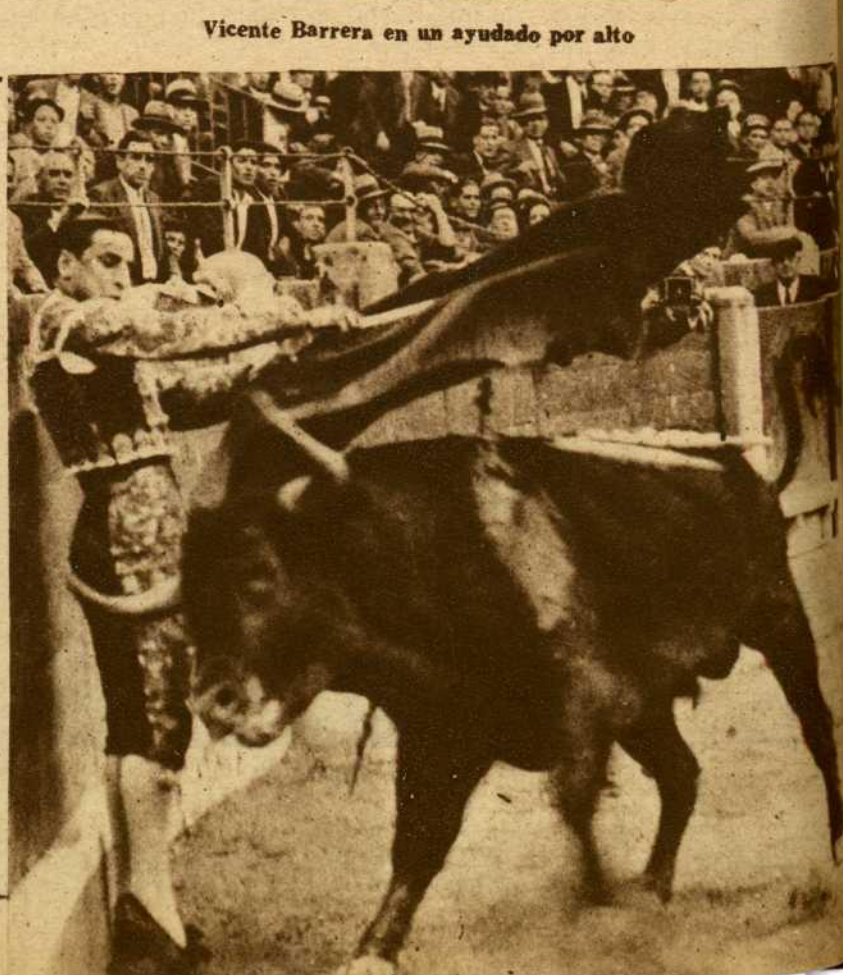
Aurelio Puchol (Morenito de Valencia). Nació en Aldaya (Valencia) el 23-3-1914. Juanito Belmonte lo doctoró en Valencia el 27-6-1941.

Jaime Marco (El Choni), el último matador de toros valenciano, doctorado en su tierra natal el 4 de octubre de 1944, siendo Manolete su padrino.

LUIS GARCIA NAVAS



Rafaelillo en un pase de rodillas



Vicente Barrera en un ayudado por alto

La ciudad del Turia ocupa el tercer lugar como abastecedora del mercado nacional taurino de matadores de toros en los años que van del siglo XX. Diecisiete matadores de toros ha dado en dicho período de tiempo, además de otros tantos novilleros que no llegaron a alcanzar el embarchado de doctor en Tauromaquia.

Ocurrió con los matadores de toros valencianos algo parecido a lo que acontece con sus célebres fallas: que se queman en seguida, después de despertar la admiración más cálida. Así como los artistas más notables de Valencia ponen en sus obras falleras todo su amor y todo su arte en la realización de sus trabajos, la mayoría de ellos dignos de una más perdurable supervivencia, así también, los toreritos valencianos, al empezar su profesión, nos traen una promesa luminosa y alegre de algo que, con el tiempo, puede granar también en una perdurable y señera personalidad taurina. Pero ellos, los toreros, como las fallas, se queman también fugazmente en el fuego de su indolencia, unas veces, y de su desgracia, otras. Y así como en las típicas fallas hay siempre un "ninot" que se salva de la "cremá", también hay algunos matadores que, como unos "ninots" vestidos de luces, se salvan del fuego y continúan ad-

lante, manteniendo su personalidad años y años. Pocos han sido, en realidad, pues el más representativo torero valenciano, en lo que va de siglo, el prematadamente malogrado Manuel Granero, el torero de más recia y jugosa personalidad taurina, surgido después de la desgracia de Talavera, y el más indicado para sustituir a la figura gigantesca de Joselito, moría trágicamente en la Plaza de Madrid el 7 de mayo de 1922, quemándose así su vida joven y prometedor. Después de él Vicente Barrera ha sido el matador valenciano que durante más años ha sabido mantenerse en una primerísima fila del toreo, sin abdicar su posición durante diez temporadas, pues desde 1927, fecha en que se dió a conocer, hasta el año 1935, en que se retiró por primera vez, toreó un promedio de más de sesenta corridas, ocupando siempre un lugar destacado entre los mejores. Después, vuelto a los toros en 1939, su situación ha sido más precaria. Su signo más característico fué su maestría con el descabello. Un dato curioso: no mató nunca un toro de Miura. Otro curioso dato: mientras fué matador de toros no toreó en Sevilla.

Y después de estos dos anteriores, se suceden los toreros fallas, flor de un día, promesas que no llegaron a cuajar lo que de

EL VITO formó pareja con Angelillo

**Actuó en tres corridas en un mismo día
Tomó la alternativa en León de las Aldamas
cuando Rodolfo Gaona era limpiabotas**

Este sí que fué un «monstruo» con las banderillas!—nos ha dicho Manuel Pérez, Vito, mostrándonos la información que hemos publicado en EL RUEDO sobre su compañero Angelillo.

Y ha seguido después prodigando elogios al gran rehiletero, sin acordarse apenas de que su nombre formó con el de aquél una de las más célebres parejas de banderilleros de su tiempo.

—¿Cómo nació en usted la afición a los toros? —le hemos preguntado.

—Pues... verá usted: Yo me crié en Triana, en la calle Pages del Corro, y en ese ambiente era fácil que me contagiara de las aficiones de los restantes chiquillos del barrio. A los doce años asistí a una capea en Prado del Rey, y me convencí de que aquello era difícil; pero tenía su encanto... Recuerdo que aquel mismo año—1894—mató un toro al Espartero, pero el sangriento percance, referido en romances y coplajas, no entibió lo más mínimo mi propósito... Al año siguiente fui, en agosto, a Manzanares, y actué como banderillero en dos becerradas, formando parte de la cuadrilla de Manuel Mejías, Bienvenida. Después volví a frecuentar capeas y tentaderos, hasta que en 1900 me llevaron los hermanos Bienvenida a una excursión que organizó su padre —el señor Manuel— por el sur de Francia. Ibamos en la cuadrilla tres banderilleros... En 1903, formando parte de la cuadrilla de Bonarillo, fui al Perú y toreé en Lima, en competencia con Maera. Cuando regresé a España, quedé de nuevo a las órdenes de Bienvenida.

—¿Cuándo pensó en hacerse matador de toros?

—Ya Angelillo lo explicó... Toreábamos en la Maestranza, y el empresario pensó que sería un éxito anunciarnos como matadores. Eso fué en 1904. Aquel mismo año fui a Méjico, y tomé la alternativa, de manos de Parrao, en León de las Aldamas, ciudad que pasaría a la historia de la fiesta brava por ser la cuna de Rodolfo Gaona. Por cierto que estando yo a las puertas del hotel, se me acercó un día un muchachito limpiabotas, y me preguntó muy serio: «¿Le doy bola, señor?...» Le dije que sí, y mientras sacaba brillo comenzó a contarme sus aficiones. «Yo —me dijo— también quiero ser torero...» Aquel chaval era Rodolfo Gaona. Algunos años después, la casualidad hizo que Gaona y yo nos encontráramos en Játiva. Yo iba con Varelito como banderillero, y fué Gaona quien me reconoció y me recordó la historia... Antonio Montes, en la Plaza de Méjico, me confirmó la alternativa. Después regresé a España; y como aquí no valían los doctorados otorgados allá, toreé como novillero en Valencia. Iba en el cartel con Alga-beñito e Isidro Martín Flores. Matamos seis novillos de Pablo Romero...

—¿Mantuvo alguna competencia como novillero?

—Sí... Con Pepete. La rivalidad se inició en Sevilla, en una corrida de Otaolaurruchi, en la que alternamos Pepete, Vela y yo. A Vela lo cogió un toro, y yo tuve que matar cuatro. Desde entonces la gente comenzó a ocuparse de nuestra competencia...

—¿Cómo se decidió la cuestión?

—Con un mano a mano. La corrida se organizó en Sevilla el 30 de julio de 1905. Se escogieron seis novillos de Miura, que hoy hubieran pasado por toros de trapío. Antes de la función los pronósticos, como ahora se dice, eran favorables a mí. Se esperaba que Pepete fuera a la enfermería a las primeras de cambio... En efecto, Pepete fué cogido aquella tarde cinco veces; pero no permitió quedarse dentro. Salía cojeando, casi sin sentido, dispuesto a que yo no matara ninguno de los bichos que le correspondían... ¡Lo mismo que ahora! Aquella tarde maté yo un novillo, Perdiguero, que tomó nueve puyazos, dejó en la Plaza siete caballos reventados y dió, en canal, 416 kilos.

—¿Hasta qué fecha toreó usted como novillero?

—Hasta 1909. Toreé en Sevilla, precisamente con Angelillo y Arango, en una novillada de la feria de abril. Ya tenía yo decidido volver a las banderillas, y aunque en la misma Plaza me quisieron contratar otra vez como matador, no acepté. Me fui con Cocherito de Bilbao, que me había ofrecido un puesto en su cuadrilla. Después estuve con Vicente Pastor, Juan Belmonte, Bienvenida, Varelito, Maera, Litri...

—¿Cuándo puso usted banderillas por última vez?

—En 1937, en la Plaza de Cádiz. Mi hijo Manolo se había comprometido con Gitanillo de Camas; pero por aquellos días estaba en el frente, y fui yo a sustituirle.

—¿Qué temporadas o tardes recuerda usted como más sobresalientes?

—Como banderillero, la mejor temporada fué la de 1904, cuando alternaba con Angelillo en la cuadrilla de Bienvenida. En Madrid y en otras muchas Plazas salimos a hombros de la multitud. Recuerdo también como memorable la jornada del 26 de julio de 1918, en Santander. Aquel día los montañeses, en un alarde de organización, montaron tres corridas de toros. Por la mañana se lidiaron seis toros de Benjumea para Vicente Pastor, Cocherito y Torquito; al mediodía, seis de Parladé, para Machaquito y Joselito, el Gallo, y por la tarde, otros seis de Saltillo, para Bombita y Rafael, el Gallo. Yo salí de banderillero en las tres corridas. En una, con Vicente Pastor; en la segunda, con Joselito, y en la tercera, con El Gallo. Actué en ocho toros, y puse once pares y medio de banderillas.

—¿Ha sufrido usted muchos percances?

—Antes los toros pezaban mucho... Yo he sufrido siete cogidas de importancia. La más grave, sin duda, fué la de Caracas, en la temporada de 1907, precisamente el mismo día que Antonio Montes sufrió en Méjico la cogida que le costó la vida. A mí me enganchó el toro por la ingle, y el asta profundizó veintinueve centímetros, hasta llegar a la cuarta costilla. Me dieron treinta y nueve puntos, y todo el mundo creía que moría. La monja que me atendía me indicó la conveniencia de recibir los Sacramentos... «Todo lo que sea —le dije yo— con tal de ir bien preparado... Pero sepa usted, hermana, que de ésta no me muero.» Efectivamente, contra todos los augurios, me curé, y unos meses más tarde estaba camino de España. Otra cogida grave fué la que sufrí el día de mi presentación como novillero en la Maestranza, con Angelillo. La herida fué en el muslo, y dejó al descubierto la femoral.

—¿Cuáles son, a su juicio, las más grandes figuras del toreo?

—Yo creo que los toreros más completos fueron Guerrita y Joselito. Juan Belmonte fué extraordinario, porque vino a revolucionar la técnica del toreo. Como matadores, o, mejor dicho, como estoqueadores, los mejores fueron Costillares (le pongo el primero porque inventó el volapié), Mazzantini y Algabeño...

La conversación prosigue fuera ya de los límites del cuestionario, porque Manuel Pérez, Vito, es un aficionado enteradísimo, un conversador excelente. Cuando sacamos el tema del toreo moderno, Vito no quiere opinar porque...

—Mi hijo Julio —nos aclara— está empezando ahora, y yo no quiero que tenga enemigos por mis indiscreciones.

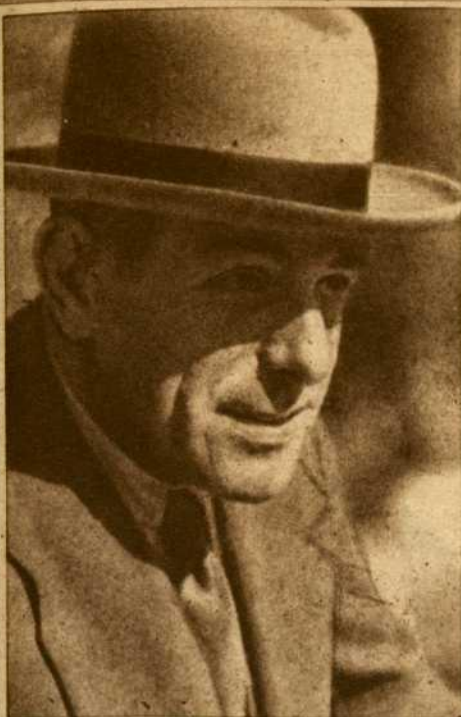
Y seguro ya de nuestro silencio, habló largo y tendido sobre el toreo moderno, los toros de ahora y los toreros de nuestro tiempo...

FRANCISCO NARBONA

(Fotos Luis Arenas.)



El Vito, aquel famoso banderillero, con sus dos hijos.
(Fts. Balmes.)



Manuel Pérez, Vito, en su charla
para EL RUEDO

Por Decreto de 26 de marzo de 1930

TREINTA Y OCHO SESIONES hicieron falta para confeccionar el último Reglamento taurino legal existente

Don Mariano Riestra, que formó parte de la Comisión formada para su redacción como uno de los abonados más antiguos de la Plaza, habla para EL RUEDO



QUIENES escribende toros, con frecuencia aluden al Reglamento. Por esta razón, cuando supe por mi amigo, el joven criador de reses bravas Moreno Yagüe,

que conocía y trataba a don Mariano Riestra, le pedí que me facilitase con él una entrevista para EL RUEDO. Como resultado de sus inmediatas gestiones, don Mariano nos recibió en su casa, deferente, complacido, amabilísimo, una de estas mañanas gélidas.

Aunque son muchos los buenos aficionados —sobre todo los antiguos— que necesitan mi presentación más que la suya, tengo que aclarar a los que no le conocen que el señor Riestra, el día 1 de abril de 1930, recibió una carta firmada por el entonces director general de Seguridad, don Emilio Mola, en la que sustancialmente le decía que, según la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, era uno de los abonados más antiguos. En consecuencia, se le citaba para poder designar, entre otros varios señores de su misma condición, uno que pasase a integrar la comisión creada por Real Decreto del Ministerio de la Gobernación —fecha 26 de marzo de aquel año— que había de estudiar y proponer la confección de un nuevo Reglamento que comprendiese todo cuanto tuviera relación con los espectáculos taurinos.

—Y dígame usted, don Mariano —le pregunté ya metidos en nuestra conversación—. ¿Quiénes eran los otros señores reconocidos con usted como «los más antiguos aficionados?»

—Pues verá —me contestó—: Natalio Rivas, Honorio Riesgo, Gregorio Corrochano, Juan Corrales, Manuel Eulate, el conde de Villamarciel, el marqués de Amposta, el duque de Medinaceli y don José Becerra.

—¿Cómo fué «el escrutinio?»

—Se metieron los nombres en una bolsa, se sacó un papelito y en él estaban mi nombre y mis apellidos.

—Así, ¿cuáles fueron en definitiva las personas que intervinieron en la confección del último Reglamento taurino legal existente?

—Bajo la presidencia de don Emilio Mola Vidal, fuimos vocales Manuel García Aleas, por la Unión de Criadores de Toros de lidia; Joaquín Gómez de Velasco, por la Nueva Asociación de Empresas de Toros de España; Victoriano Roger Serrano, por la Asocia-

ción de Matadores de Toros y Novillos; Policarpo Sánchez Pérez, por la Unión de Picadores de Toros; Manuel Prieto Vares, por la Unión de Banderilleros de Toros; José García Armendáriz, como veterinario; Rafael Hernández, como crítico taurino, y yo como abonado de la Plaza de Toros de Madrid.

—¿Fué laboriosa la gestión de ustedes?

—Mucho. ¡Ya lo creo! Celebramos treinta y ocho sesiones.

—Más que detallar el articulado, ¿quiere recordar algo curioso, anecdótico?

Don Mariano Riestra, que tiene en la actualidad setenta y cinco años y que, sin intentar halagarle, por apariencia física y por lucidez mental, parece que cuenta veinte menos, ayudado por su memoria prodigiosa y con envidiable conversación, de reproducción imposible por su amenidad, no tuvo que pensar nada.

—Recuerdo —agregó— que decidimos la instalación del reloj. Con anterioridad, cuando el matador de turno se ponía pesado, el aficionado que se estimaba por tal título comenzaba a consultar ostensiblemente su reloj de muñeca o de bolsillo y a mirar con desdén al presidente. ¿Por qué no había de tener la Plaza un reloj claro y visible para todos...? También discutimos largo y tendido sobre el peso de toros y novillos. ¿Para lo que ha servido...! Y sobre las banderillas de fuego. Después de un minucioso estudio comparativo de peso y rendimiento observados en los toros de lidia, en Madrid y en el año 1930, decidimos como reglamentario el de cuatrocientos setenta kilos para Plazas de primera categoría.

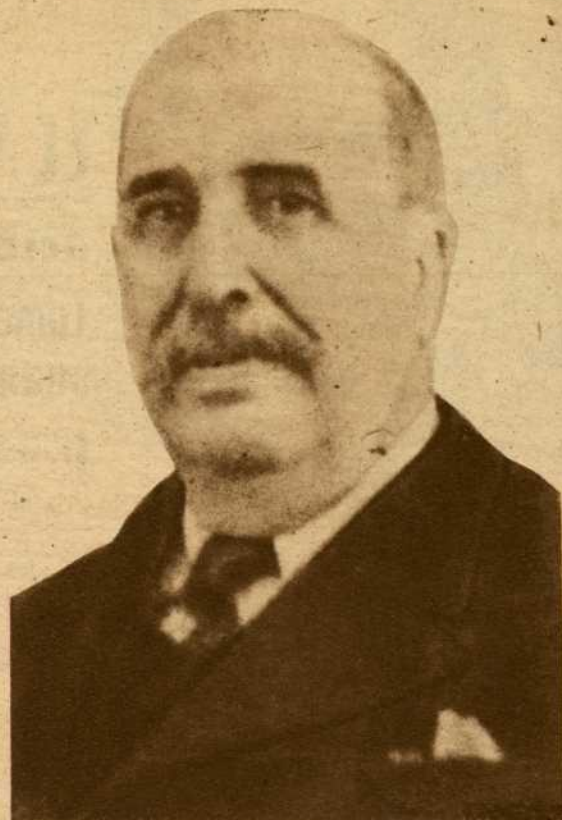
En cuanto a los petos, el señor Riestra opinó en nuestra charla:

—Ahora la suerte del quite no existe. Antes había que acudir al peligro y, a fuerza de facultades, sacar al toro. Ahora los lidiadores permiten y tal vez aconsejan las mayores atrocidades al picar y al bailar toda suerte de cariocas. Y, al final, «esperan» a distancia, muy compuestos, muy estatuarios, para, a favor de querencia, realizar la papeleta, seguramente pensada con anterioridad. Ya la suerte de picas, desgraciadamente, no tiene importancia... ¿Y qué me dice usted del picador de reserva? Ya establecimos que sólo podrían actuar, como su nombre indica, cuando los de tanda se hallasen heridos o desmontados. ¿A qué viene esa primera puya a cargo del que sabe picar peor seguramente que los de plantilla que el diestro lleva consigo?

Al final de nuestra conversación sobre el Reglamento, le pregunté a don Mariano:

—En definitiva, ¿se cumple el Reglamento...?

—Verá usted. Salió a relucir esa fea costumbre de cortar los pitones a los toros antes de que salgan de los toriles. Y el peso de los morlacos que en provincias es «aún» inferior al de Madrid. Y la costumbre, fuera de la capital de España, de no anunciar los toros sustitutos. Y tantas y tantas cosas más que me hicieron pensar si no sería conveniente, por no decir necesario, reunir otra Comisión



Don Mariano Riestra, que, como uno de los abonados más antiguos, formó parte de la Comisión que redactó el último Reglamento taurino legal existente

para encauzar de nuevo nuestra Fiesta Nacional, o para dictaminar que «lo» de hoy es otra cosa, algo así como una parodia ridícula que poco o nada tiene que ver con las tradicionales corridas de toros españolas.

Por quitarme a mí mismo este regusto, que mejor pudiera llamar disgusto, le pregunté, entre otras muchas cosas, a don Mariano Riestra:

—¿Sigue asistiendo a la Plaza siempre que ondea la bandera en lo alto del mástil?, y digo «ondea» porque aquel emplazamiento ya antes se denominaba «el cerro del aire».

—Desde luego; no me pierdo una.

—¿Y qué le parece «el caso Manolete»?

—Reconozco que marcará una época. Hoy se torea mejor que nunca. Tiene mérito, mucho mérito, lo que hace. Con su toreo de valor flemático, de acercamiento excesivo, las faenas se hacen borrosas. A mí me gusta del pase natural, no el enroscamiento, sino el limpio despegue del cuerpo, logrado con naturalidad; como me gusta el pase de pecho mandando con los brazos y no dejando que pase el toro muy cerca, pegada la muleta al pecho. Manolete —que probablemente es el matador de toros que mejor conoce el gusto del público actual— se sabe su «disco» tan bien como los que le hemos visto en distintas ocasiones. Mejor que en la corrida de la Prensa es difícil volverle a ver.

—Y si hubiera actuado con Juan y con José en la plenitud de sus facultades todos, ¿quién a quién hubiera ganado la pelea?

—Discurrir sobre hipótesis irrealizables es difícil y comprometido. Juan y José —sobre todo el último—, como Guerrita, Pastor y muchos otros, de ninguna manera se hubiesen dejado ganar la pelea por el de Córdoba de hoy.

Yo pensé al llegar aquí: «¿De qué pasta están hechos los toreros contemporáneos de Manolete? Si el pundonor y la vergüenza torera, como dice don Mariano Riestra, es arma excelente para la competencia, ¿por qué dejar que se despegue tanto, no el «monstruo», sino el torero extraordinario que es Manolete?»

Se nos ha terminado el espacio. Pero con el pensamiento, y de la mano de don Mariano Riestra, prometemos volver a EL RUEDO.

J. HERNANDEZ-PETIT

JAQUE POR NATURALES

Por JOSE CARLOS DE LUNA

TOMARAS un muchacho animoso e ignorante; le harás torear cuatro o seis novilladas en las que reciba varios achuchones y algún que otro puntazo, a cambio de unas cuantas estocadas hondas; se le ofrecerá un banquete organizado por su apoderado o por sus *adláteres*, dándose cuenta de ello en la Prensa taurina, y *cátalo* matador de reses bravas.»

Esta receta, amigo, no es moderna, aunque pueda parecerlo si la lees aprisa; fíjate en eso de las estocadas hondas para que la entendas, de la antigua farmacopea taurina. Lo es, perfectamente dosificada, y la firma Luis Carmena y Millán.

No pretendo descubrir qué *gente* fué en la afición don Luis Carmena. Al que le suene el nombre que papelee y lo verá al pie de muchos artículos de crítica taurina, que el tiempo va decolorando, vis-

tiéndolos de topo y oro, porque el negro de las letras se hizo gris y el papel se doró poquito a poco.

Carmena y Millán fué amigo incondicional y admirador fanático de Rafael Guerra. Confesemos que pudo mantener su partidismo sin que le alcanzaran los chinazos que tiraban a dar desde la acera de enfrente, donde se habló del coloso de Córdoba con acibar en los labios y reserva en los meollos. ¡Aquellas reservas mentales mantenidas vivitas y colando en frascuelistas y lagartijistas a cuenta de recuerdos de tardes bravas y luminosas que dejaron indelebles surcos en la afición, entonces tan entera, recia y acalorada!

El Guerra, *bachiller* con matrícula de honor tras diez años de estudios profesionales bajo la férula de Fernando, el Gallo, y Rafael Molina, Lagartijo, se presentó ante el público de Madrid para recoger *la borla del doctorado* con ejemplar modestia que respiraba respeto y temor para con el público que paga y juzga. ¿Cómo acogería su juventud y su incipiente?

Así rezaba el cartel que «con permiso de la autoridad y si el tiempo no lo impedía» anunciaba la celebración de una corrida de toros de don Juan Vázquez, vecino de Sevilla, para los *«espadas* Rafael Molina, Lagartijo, y Rafael Guerra, Guerrita, que alternará por primera vez en esta Plaza, confiado más bien en la indulgencia del público que en sus propios merecimientos, y que procurará desempeñar su cometido con el mayor lucimiento posible». Y aquellos toros, procedentes de la testamentaria de doña Teresa Núñez de Prado, oriundos de la famosa vacada de Arias Saavedra, con sus seis yerbas corridas y sus cuernos como Natura los hizo crecer, confirmaron, toreados y muertos como se debe al César, que el Guerra iniciaba bien cuajado su carrera de matador de toros.

Y, sin embargo...

¿Qué vamos a decir del Guerra?

Algo no del todo limpio, aunque el gran torero no presintiera entonces en lo que pararía su iniciativa.

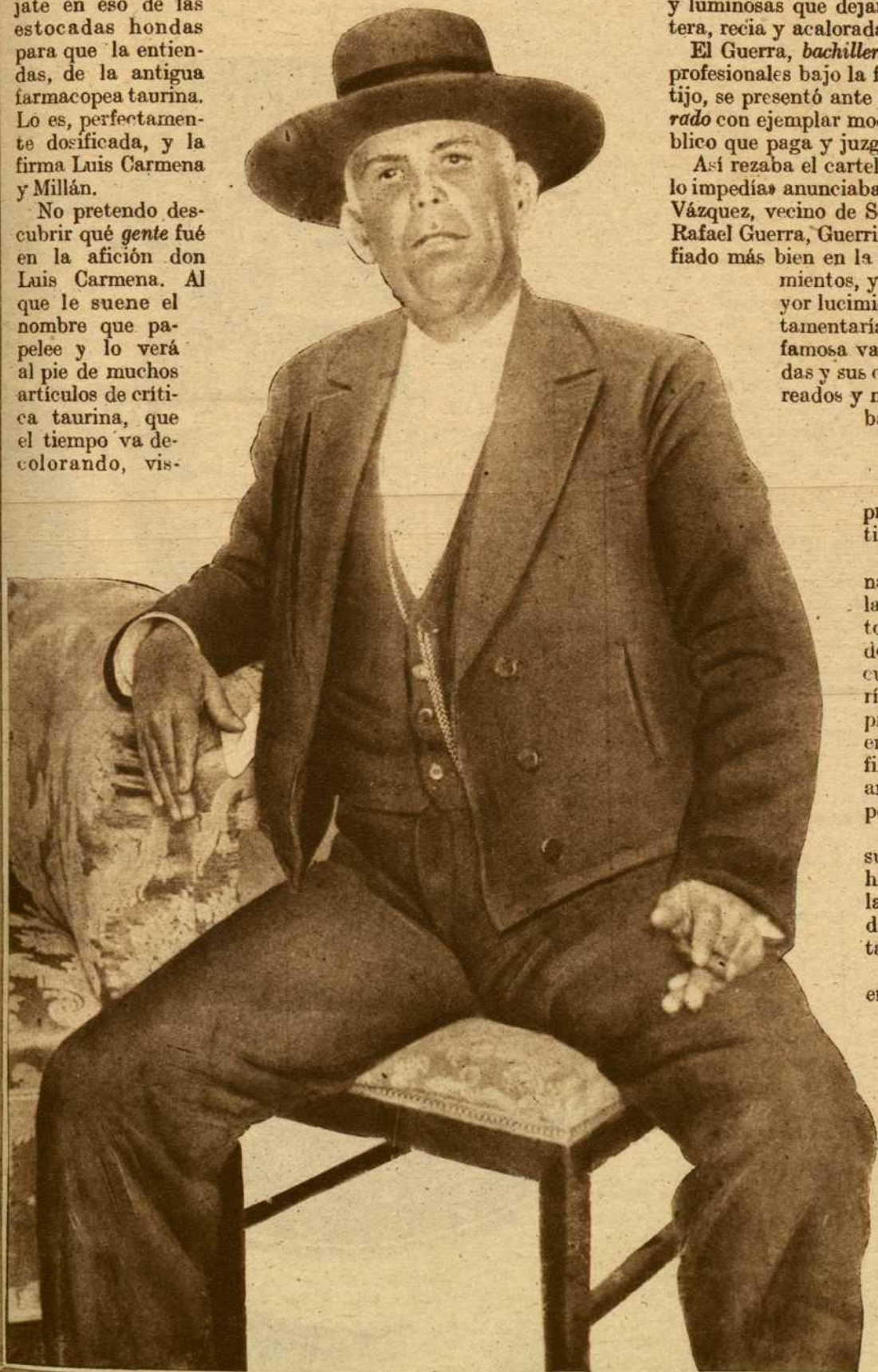
Con la enconada y justa crítica de los viejos aficionados y el sordo despecho de sus partidarios cundió la pusilanimidad de aquel hombrón sabihondo, repleto de *ciencia* y facultades, que allá en su casa de Córdoba, cuando rendía viaje, en la balanza comprada a cualquier tablero, pesaba con minuciosas socarronerías aplausos y billetes, temores y *alivios*, amor propio y desgano, almíbar y tuera. Y allí, en su casa o en su Club, entre azulejos y maceteros de bambú, definiendo ex cátedra, preparó el camino a esa lucha angustiosa tras el toro chico; becerrón, con plátanos por pitones.

Que nos perdone el espíritu de Carmena si afeamos su conducta, cuando a la cabeza de los idólatras hiló entre algodones, con la sutileza de su pluma, la más hermosa bolsa para que Rafael Guerra guardara sus dineros y sepultara sus concupiscencias taurinas.

Ni que decir tiene que lo que tanto le afearon paró en discreto acomodo y prudente contentamiento, porque Guerrita se cortó la coleta lidiando toros de cinco años arriba y con los cuernos enteros. Fué un torerazo con afición y amor propio, muy apreciado entonces y consagrado luego..., ¡ahora! que el espectáculo se reposa en ciencias experimentales.

El aficionado de hoy no es espectador con aquellos interesantes ribetes de cascarrabias, sino mirón, como esos que se enternecen junto a una mesa de ajedrez mientras dos jugadores serios y sosos se anuncian los jaques moviendo las piecitas con naturalidad; vaya, ganando o perdiendo la partida *por naturales*.

En la foto: Rafael Guerra, el "Califa" de Córdoba



MODOS DE SENTARSE EN EL CAFE

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



LA gente se equivoca muchas veces. ¿Qué creen ustedes que es más difícil: torear o estar sentado en el café? Sin dudarlo, responda que estar sentados en el café. No digo que esto sea un arte, como indudablemente lo es torear. Hablo de la dificultad y lo afirmo por experiencia. Yo, a la hora de estar sentado en el café, no sé qué postura adoptar, y muchas veces me voy, porque me canso, me rindo de estar sentado. Sabido es que en los cafés no hay más que diván y silla. No se conocen los sillones con brazos, que son los verdaderamente cómodos, en los que un hombre puede resistir mucho tiempo sin mostrar fatiga. En el café hay que estar sentado a palo seco. Y esto un ratillo no tiene importancia. Pero lo que ya se las trae es pasarse así catorce horas diarias, con ligeros descansos. Unicamente los cómicos pueden competir con los toreros en este campeonato de estar sentado en el café. Los demás mortales no tenemos ni idea de lo que es eso. Creemos que el café es un pasatiempo, un sitio para matar un ratillo con los amigos o para citarnos con uno que nos debe dinero o con otro que nos va a proporcionar un negocio. ¡Qué equivocación! ¡He hecho constar que estar sentado en un café no es un arte? Pues que se considere como no dicho.

Escribo estas líneas en un café. Enfrente de mí está congregada una peña taurina. ¡Qué bien le va el nombre de peña! Porque esa reunión de hombres, todos sentados admirablemente, nos produce la sensación de algo inerte, fortísimamente arraigado al diván, a las sillas, a las mesas y al pavimento. Nos parece imposible que aquellos hombres puedan levantarse nunca de allí, como nos parece imposible que las olas del mar consigan, ni aun en siglos, disolver las rocas de los acantilados.

No sé por qué, la contemplación de esta peña taurina cafetera me recuerda la roca de la Virgen de Biarritz. No es necesario haber viajado para conocerla; basta con que un amigo haya ido a Biarritz una tarde desde San Sebastián, porque este amigo lo primero que hacia al llegar a la playa francesa era comprar una tarjeta postal con la fotografía de la roca de la Virgen y enviársela a todas sus amistades con unas líneas escritas que decían: "Desde este bello rincón de Francia, lejos de la Patria, te recuerdo con toda nostalgia y todo cariño." Por si acaso alguno de mis lectores, que todo puede ocurrir, no ha estado nunca en Biarritz ni ha recibido jamás esa tarjeta postal, diré que la famosa roca de la Virgen es una roca cercana a la costa y unida a ella por un puente, en donde la mano del hombre ha construido unos bancos de cemento. Allí se sientan los románticos y los lobos de mar de tierra adentro, y allí, aislados del mundo, dejan volar sus pensamientos, junto con las gaviotas que revolotean cercanas. Pues igual, igual están en el café los componentes de la peña taurina. Ausentes, ajenos al mundo, separados del café por un puente, el del planeta de los toros, que los aísla de la tierra. Que nadie pretenda imitarlos; se estrellarán inútilmente sus deseos, como los embates del mar en las rocas. Sólo los cómicos alcanzan posturas no semejantes, pero sí de un remoto parecido.

En la peña taurina los hay especialistas de sillas y de diván. Una peña taurina no está formada únicamente por los toreros; la nutren otros elementos pertenecientes, desde luego, al planeta de los toros, tales como mozos de espadas y ayudas, padres de niños aspirantes a toreros, apoderados, familiares de diestros y amigos íntimos. Los toreros casi siempre son especialistas de diván. Lo ocupan por derecho propio. Aunque parezca mentira, tiene más intrínsecamente sentarse en el diván que en una silla. Hay que poseer mucha más experiencia de café para resistir al diván que a la silla, pese a la mayor dureza y menor espacio de ésta. Y ya ven ustedes lo que son las cosas: quizá sean los picadores los mejores y más refinados especialistas del diván. Los picadores saben caerse, esto es indudable, y caen en el diván con posturas que no se hacen daño; así, se están sin moverse todo un día. Más que sentados, están derrumbados, con la cabeza apoyada en el respaldo en contracción, que a nosotros, los no iniciados, se nos figura molesta, pero que debe de ser comodísima por lo que la prolongan. Los banderilleros, en cambio, se preocupan más de la línea y de que no se arrugue la chaqueta; juegan elegantemente sus piernas, cruzándolas en diversas posturas. Si llevan calcetines de alta fantasía, a los que son muy dados los toreros, estas posturas conducen a mostrarlos en todo su esplendor. Los mozos de espadas y sus

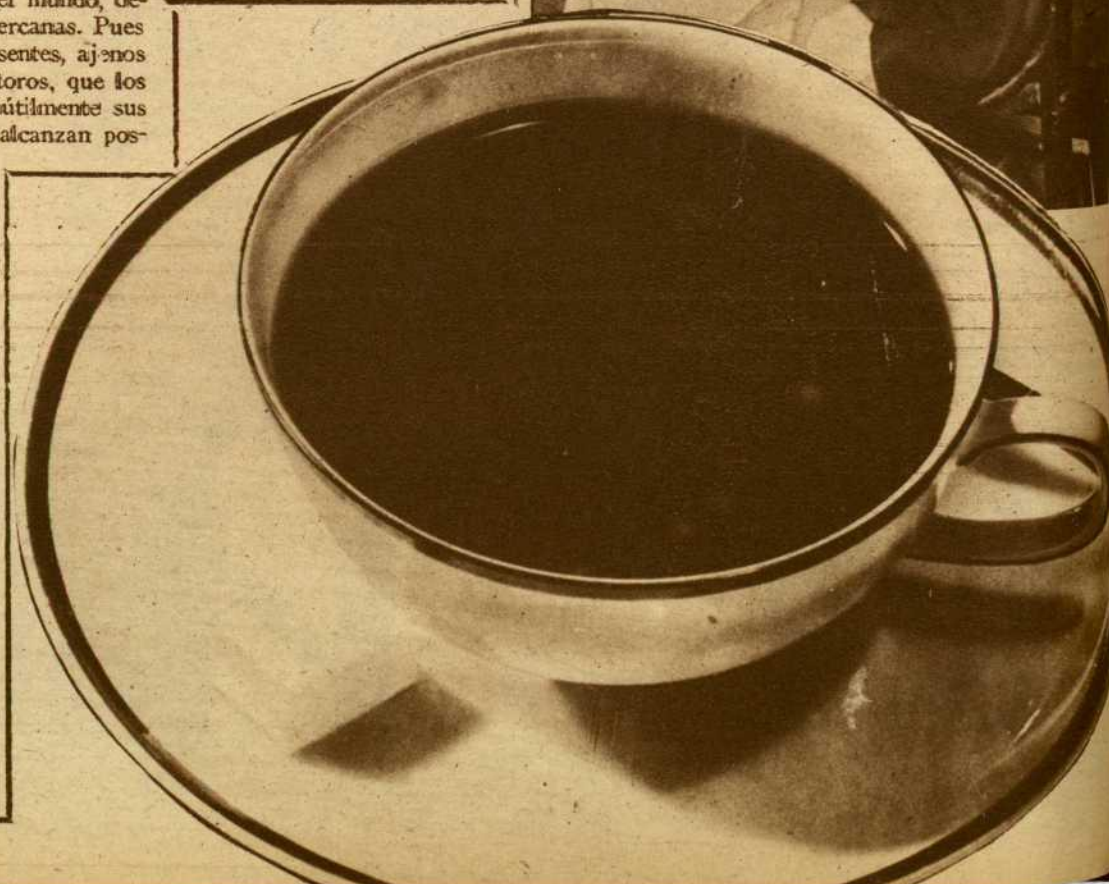
adláteros los ayudan, se sientan siempre en sillas y jamás cruzan las piernas, sin duda porque sus calcetines son vulgares. Los padres de niños aspirantes a toreros promiscuan: tan pronto están en el diván como en una silla; son los elementos más inquietos de la peña, debido a que continuamente tienen que estar enseñando a unos y otros las últimas fotografías de sus niños. Los apoderados, que también manejan muy a menudo la prueba documental que atestigua la clase de un torero, son gente más bien de diván, porque creen que su categoría así lo exige. Los amigos íntimos se sientan donde pueden, salvo si fuman puro, en cuyo caso ocupan sitio bien visible en el diván.

Una vez sentados, donde sea, los componentes de una peña taurina ya no se levantan, aunque se hunda el café, hasta la hora de marcharse. Queda hecha la excepción pertinente a los padres de los niños, y queda por hacer la de las llamadas telefónicas, privativas de los apoderados y, a veces, de los mozos de espadas.

Transcurren las horas. En el café entran y salen parroquianos y advenedizos. La tierra gira. Los acontecimientos mundiales se suceden. Nieva,

hace sol, llueve, ventea. La peña taurina, inmovible, permanece ajena a todo. Allí no llega nada que no se refiera al toro. Es una roca volcánica.

Es asimismo una roca llena de manantiales de agua; jarras y jarras de este líquido inofensivo se consumen en la peña taurina. Nunca veréis allí una copa de licor, sino copas sucias de café con leche y jarras y jarras de agua. Aquellos hombres, tan admirablemente sentados, apenas dirigen su vista fuera del ámbito de la peña. Sólo si una figura del toreo, por azar, entra en el café, los conmueve y le siguen con los ojos atónitos, ávidos de curiosidad por averiguar la causa de aquel acontecimiento extraordinario. ¿A quién viene a ver? ¿Con quién se sienta? La figura del toreo sólo permanece contados instantes en el café. Cuando sale, los ojos de la peña le siguen hasta más allá de la puerta, que es el mundo, un mundo inasequible para ellos.



CONTRA EL MEDIO TORO PERO TAMBIEN CONTRA EL MEDIO TOREO

Por CLARITO



«Se oyen y se leen airadas y frecuentes quejas contra el ganado. Pero eso no quiere decir sino una cosa: que siendo en la cantidad de enemigo, en el peligro de su presencia y de su sangre, en lo que está el toque de ese llamado arte de torear, ha sido alrededor del tipo, edad y casta de la res en donde se han suscitado siempre las dudas, desconfianzas y querellas.»

Artículos, libros y folletos, de todas las edades del toreo, aluden de vez en vez, y con mayor frecuencia en la edad moderna, a la deficiente presentación del ganado. «La fiesta de toros se acaba —repiten las crónicas del siglo xx— porque se acaban los toros. Y ni se acaban los toros, ni la fiesta.

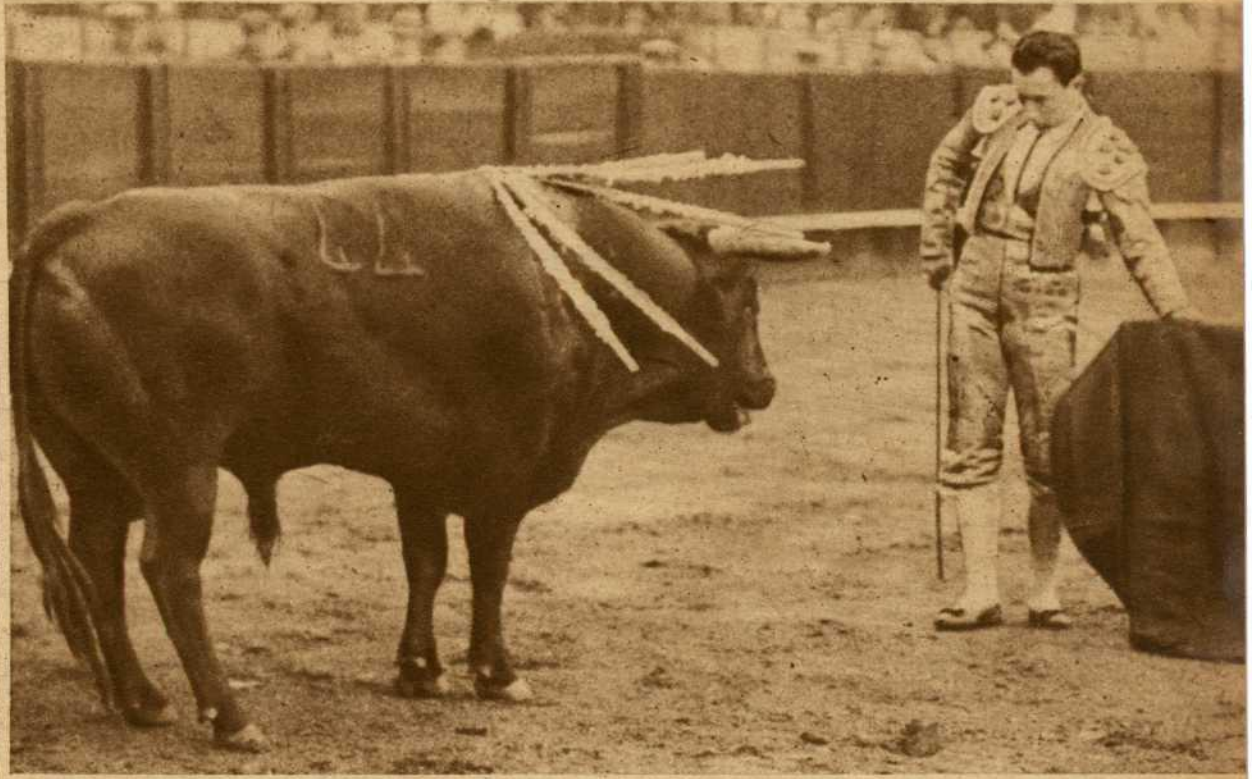
Ha de reconocerse, sin embargo, que no todo es tópicos en la lamentación. Y que de unos pocos años acá, el renglón del ganado, de abuso en abuso, ha descendido a dimensiones escandalosas por lo nimias. Mas ha de reconocerse también que ni críticos ni aficionados ponen gran tenacidad en su queja. Yo sé decir de mí que, hace unos años, emprendí una furiosa campaña contra el «becerrismo» y... me quedé solo.

Por lo general, el tema del toreo resulta tema predilecto del invierno. El coro de gimoteos críticos por la pequeñez o inofensividad del toro de lidia se entona en la época del «Tenorio» y se disuelve en Carnaval, con las primeras máscaras. Arrecia al morir de la temporada y se acalla con el nacimiento de la nueva. Un año y otro así; con la misma periodicidad inexorable que, por ejemplo, las lluvias de otoño, las dimisiones del gerente de la Empresa de Madrid o las despedidas del Gallo.

Más nutrido cada vez el coro, en este año se ha ilustrado la música protestativa de su cantilena con algunas variantes, verbigracia, con el cuento de que al toreo de moda, sobre ser toreo, en tal cual ocasión se le falsean las puntas. Cuento que, en verdad, no es totalmente cuento. O con la fantasía de que, en los corrales de muchas Plazas, se maltrata a las reses con procedimientos drásticos y diéticos, entre otros contundentes esdrújulos. Fantasía que tampoco es enteramente fantástica. Y ahí está el caso de la Plaza de Barcelona, en donde se mantuvo, cerca de un mes, a dieta hídrica cierta corrida de Miura, cuyos huesos dieron, luego de arrastrados, la sensación bascular de un peso respetable.

Pero ni embellecido ni raro, ni con variantes ni a palo seco, ni que se apague con el primer arbolá de las codornices o que se mantenga encendido, como una lámpara votiva, iluminando la mente de la Afición, nuestro épro de voces —y de pluma— contra la insuficiencia del ganado no pasará de ser una inocente salva.

Ahora, como siempre, y de día en más, los criadores seguirán achicando sus mezquinos productos para acrecentar su fortuna y para que se los admitan los toreros importantes en las taquillas de importancia. Los toreros continuarán encogiéndose de hombros en el ruedo ante la poca presencia de los toros, pero encogiéndose de hombros también en los contratos y diciéndoles a los empresarios que toreen ellos cuando les hablan de toros cuajados o de divisas fuertes. Y el público —y esto es lo peor—, que tanto se excita las tardes en que el becerro de turno no embiste, y que de tal modo denuesta a presidentes, toreros y críticos, estará siempre dispuesto a la reacción entusiástica en cuanto el mismo becerro que se cayó, exhausto, en varas, entre por la reolina de las manoletas, chicuelinas y penicilinas, o se dejó colocar, como una pobre mozueta del cabaret, un cucurucho en el testuz. En



tonces será la de gritar que «se ha divertido como nunca», que «todo ha sido barato» y otras jocundas expresiones, brotadas espontáneamente, no del embaucamiento crítico, sino de la pública papanatería.

No está, por tanto, en el poder del crítico, ni de todos los críticos juntos y aun con el ídem de los buenos aficionados, la victoria sobre el toreo. Son más y más fuertes los empresarios, los toreros, los criadores y los públicos. Y a todo lo que la crítica pudiera llegar, y para eso con muy dudosa eficacia, sería a no comentar, o comentar formulariamente, por impropias, aquellas corridas de toros que no diesen el peso y el juego reglamentario. O sea, a seguir la pauta de ese matador —el primero de todos— que ha declarado su intención de no torear «novilladas». (Aunque las torearé... y tres más.)

Mas ya que no en la cruzada contra el toro chico, en otra podría, si quisiera, triunfar el coro de voces críticas. Y triunfar ampliamente, porque ella cae de plano bajo su jurisdicción y sin ninguna interferencia. Es en la cruzada contra otra mengua de tamaño: contra el toro pequeño. Es en la exigencia, a toda hora, del toreo grande. En la compensación, en suma, de la constante pérdida de tamaño del peligro, con el aumento constante del tamaño de las suertes en que al peligro se mete.

Es archiconocida la divisoria que los enamorados del canto jondo establecen —con aparente arbitrariedad, pero no exenta de justeza— entre un canto grande y un canto chico. Entre un canto clásico, medido, severo, «de pechos», y un canto retozón, desmedido, giratorio, de «falsetes». La misma divisoria se aprecia en el arte del toreo. Hay también un toreo clásico, medido, severo, solemne, al natural o por arriba —toreo «de pechos», y otro toreo menudo, inquieto, retozón y giratorio, toreo de falsete —o toreo por la cara—. Toreo grande y toreo chico, pues. Y el toque de la cruzada estribaría simplemente en cuidar de las dimensiones del toreo. En evitar que a la vergüenza de la pequeñez de los toros se empareje la burla del toreo cómodo y pequeño.

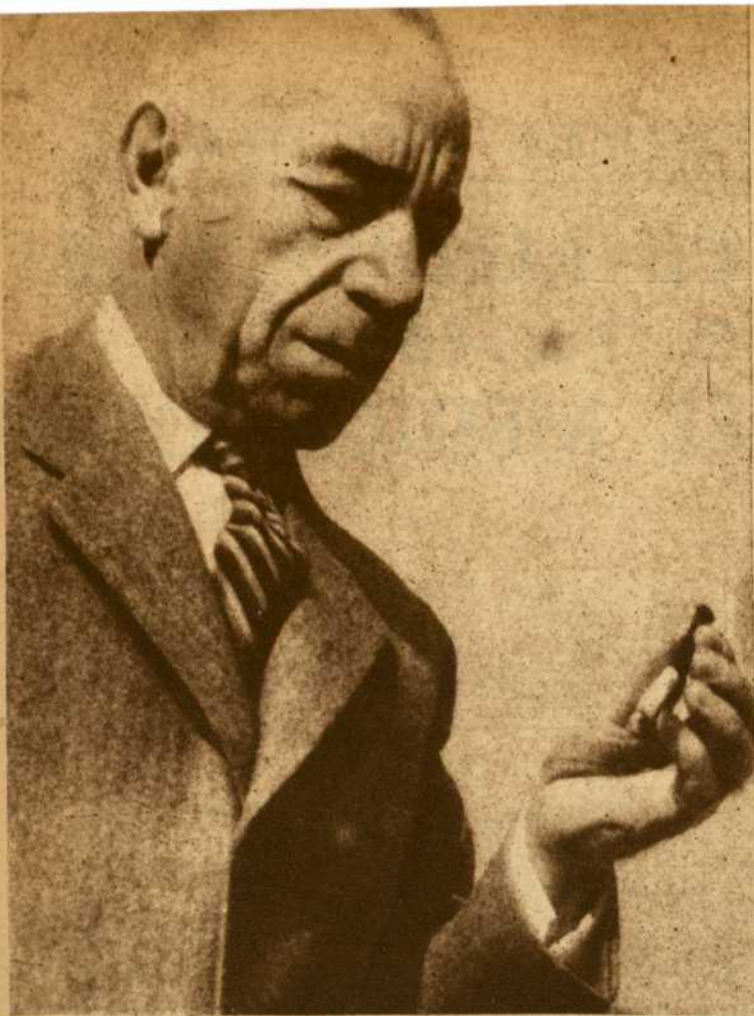
Algunas veces me han dicho los aficionados al arte flamenco: «¡Hombre, una media granaina, una petenera, un fandanguillo bien cantados, no son de despreciar!» Y, ciertamente, como ribete de piezas mayores, como variación, como «entremés», no están mal. Pero por sí mismos son cantos que no valen el malgaste de una noche. Algunas veces, los aficionados —y aun los críticos— me han hecho notar: «Hombre, una faena de dominio, bien concebida; unos adornos «por lo suaves», vaya, que no

son cosa baladí. Y, en efecto, que el dominar para torear luego, o el adornarse después de haber toreado; son bailes muy de celebrar. Pero por sí solos no valen lo que cuesta una tarde. Nunca han valido. Mucho menos ahora, cuando rara vez sale un toro que tenga nada que dominar y cuando, si, por rara casualidad, sale, se les va, a los maestros del dominio, indominado. (Y no cito varios casos de varios toreros en esta última temporada, porque solamente entra en mi ánimo sentar una tesis general, sin mortificaciones personales).

Puesto que contra el toro chico no podemos nada, haríamos un bien a la fiesta, tal cual hoy se ve de desmedrada y raquítica, cerrando contra el toreo pequeño. Procurando que, al menos, uno y otro no coexistan. Que, impuesto el medio toro, no se tolere el medio toreo. Que mientras el toro no ofrezca con su presencia y pujanza los riesgos y dificultades que antaño justificaban la lidia precavida o precautoria del medio pase, el corte de la suerte y el paseo al rabo, sea exigido el toreo al natural y de pecho, como base; la estocada de buena ley, como término, y en todo instante la quietud y apretura que atenúen y ennoblezcan la desigualdad entre la grandeza de los Hércules cazamoscas y la mezquindad de sus desastados enemigos. Así como la proporción entre el coste de la fiesta y su riesgo...

Para imponer el toro grande tenemos cerrados los caminos. Las circunstancias de la economía agrícola y pecuaria los taponarían en el mejor de los casos. En cambio, a que se engrandezca el toreo todo lo que el toreo va menguando, nadie ni nada se opone. Y es más: una pareja o un terceto de toreros de mano izquierda —y de lado izquierdo— en plan de pasarse los toretes por la parte más noble, por el pecho, y de matar con pundonor, se llevaría a los públicos de calle y apagaría todos los rumores y murmuraciones de que, por el abuso en el ganado, está la calle llena...





Vicente Pastor contempla el pitillo. El tabaco es una de sus pasiones

ragoza, donde primero se hospeda en la consabida «Posada del Chaperos» y horas más tarde se enfrenta en el zaragozano coso con reses de Carreros, dando un repaso a Morenito de Algeciras al cortar la oreja de un fiero bruto, siendo ovacionado en el que cerró Plaza.

Todo va marchando a las mil maravillas, y en mayo, ya florecidos los almendros, las Plazas de Valencia, Baeza y Cádiz son teatro de sus hazañas.

En la ciudad de las flores, el día 5, en unión del Rerre, se las entienda con seis astados de Adalid, matando tres de ellos; en la histórica población andaluza, el 18, estoquea morlacos de Emilio Campos con Antonio Fernández, Bocanegra, y Francisco Vidal, Carpinterito, y el 29, en la tacita de plata, él, Morenito de Algeciras, Potoco y Cochero de Bilbao acaban con la vida de ocho novillos de Cendón.

Repite en esta última Plaza, el 1.º de junio, con iguales reses en un «vis a vis» con dicho Cocherito; siete días más tarde se deja ver por el público de Cartagena con astados colmenareños de Aleas, de los que se lleva para la fonda un apéndice auricular, alternando con Sebastián Silván, Chispa, y acaba el canicular mes en Gijón, el 29, con Antonio Segura, Segurita, enviando al desolladero cornudos salmantinos de Terrones.

En realidad fueron flojos, en número de espectáculos, para El Chico de la Blusa estos meses de mayo y junio, pero llegado el siguiente de julio, el negocio pitonudo se le pone de cara, vistiendo la «staleguilla» en ocho tardes.

Con Mazzantinito actúa el 1.º en Burgos; en Barcelona, el 6, lidia novillos de Gamero Civico en unión del granadino José Moreno, sobrino de Lagartijillo; al siguiente día actúa en Castellón, y el 13 y el 20 lo verifica en Madrid con mala fortuna, porque en la primera de estas dos últimas corridas, alternando con sus paisanos Segurita y Mazzantinito, le dan dos avisos en el cuarto toro de Veragua y otros dos recados presidenciales recibe en otro toro, también cuarto, cuando alternaba con Cocherito y el referido Mazzantinito.

Consignados quedan así estos hechos para que el lector aprecie la imparcialidad del autor de estos relatos de carácter taumático.

Es entonces cuando Vicente, herido en su amor propio, se avergüenza de su descalabro, se encierra en su morada de la calle de Embajadores, alejándose de sus acostumbradas tertulias, y hasta su misma casa tienen que acudir su apoderado y amigos para que abandone su voluntario «encierro».

Y es que en aquella época, los toreros lo eran también en la calle, no pudiéndose sustraer a la curiosidad, porque tocados con sombrero de anchas alas y luciendo la coleta, eran en seguida blanco de los transeúntes, quienes al reconocerlos en la vía pública, o los felicitaban por sus éxitos o los volvían olímpicamente la espalda murmurando entre dientes: «¡Ahí va el que fracasó ayer en Madrid!»

Después de comparecer ante los aficionados de Barcelona, el 25, con el propósito de sacarse la espina que tan hondamente tenía clavada, volvió a torrear a los dos días en Madrid en unión de Potoco y Castor Ibarra, Cocherito.

En Valencia, con José Pascual, el Valenciano, Naverito y Cochero, mata bovinos de Clemente, el 29, y ya en agosto, el 3, pasa definitivamente la esponja por el encerado de sus desciertos en el coso madrileño, borrándolos con la gran faena que realizó con el toro «Orhuito» de Ibarra, en un «mano a mano» con Revertito, faena que realizó, estrenando un vestido verde y oro, y que aun recuerdan los pastores supervivientes, porque ella fué nuncio de lo que en el toro podía llegar a ser el antiguo aprendiz de guarnecedor de coches.

Este triunfo contribuye a que de nuevo se piense en la alternativa, de la que en un principio se había desistido, y el 10 de agosto reaparece en Barcelona, poniendo en disposición de ser arrastradas por las mulillas dos reses de Arribas; actuando en unión de Canario y Redondo.

Vicente Pastor, en uno de sus paseos por las plazas madrileñas.



Las últimas novilladas
Dos fracasos seguidos en Madrid
Un arresto por cuenta propia en su casa
El ansiado desquite
Su despedida como novillero

X

UN resonaba el eco de las palmas que los aficionados paisanos le otorgaron con motivo de sus éxitos en las tres primeras corridas que el año 1902 toreó El Chico de la Blusa en la vieja Plaza de la carretera de Aragón, cuando en la de Salamanca actuó en unión del Salamantino, con reses de Algezo, en día 30 de marzo, corrida ésta en la que cortó una oreja.

Llega el mes de abril y no pierde domingo sin vestirse de luces, pues el 30 se presenta en Zaragoza, acompañándole José Villegas, Potoco, y lidiando ambos cornúpetas de Aleas y López Navarro, desorejando uno de éstos; el 13, en Bilbao, sortea, con Mazzantinito y un Manolete, bovinos de Castellón; el 20 trabaja en Alcey y el 27 vuelve de nuevo a Za-



Historia taurina de VICENTE PASTOR

Los aficionados de Orihuela le ven lidiar con agrado el 15 y el 17 de dicho agosto mes, y el 24 torrea su penúltima novillada en Madrid, encerrándose con bichos de Pablo Romero, en unión de Mazzantinito y Segurita.

Francisco Palomar, Palomar Chico, y Vicente, lidian Palhas en Valencia de Alcántara el 25 y el 26 y tres días más tarde, en Linares, finiquita astados del marqués de Cállar con Alvaradito.

El mes de agosto le cierra con una novillada, el 31, en Zaragoza, y llega el de septiembre, para El Chico de la Blusa inolvidable en su taurina existencia.

Después de torrear el 4 en Aranjuez con Regaterín y Palomar Chico reses de Mariano Arroyo, el 7 en Zaragoza y el 8 en Bilbao corraudos de Otolaruchi con el susodicho Palomar y Tomás Alarcón, se anunció para el día 14 su despedida como novillero en la Villa del Oso y del Madroño.

Acontecimiento fué éste para los aficionados madrileños que despertó un justificado interés, llenándose la Plaza de bote en bote.

Se lidiaron seis novillos del duque de Veragua y con El Chico de la Blusa — apodado contra el que ya se estaba conspirando — alternó Mazzantinito.

Vicente, que vestía un traje grosellá



Una «idea» de «DON MODESTO»
La alternativa
Muerte del Chico de la Blusa
Natalicio de VICENTE PASTOR

nuncien los nombres de Guerrita y Vicente Pastor como las dos grandes figuras de la tauromaquia del siglo xx.

Imposible, inadmisibile, incomprendible que en los anales taurinos se pueda decir nada bueno de un señor que se llamaba El Chico de la Blusa.

Grandes actores se cambiarían sus apellidos vulgares para que su fama pudiera subsistir. Si Victor Hugo se hubiera llamado Paco Pérez, no leeríamos hoy con veneración «Nuestra Señora de París».

El mismo autor de los «Episodios Nacionales» se firma Pérez Galdós.

Por Benito Pérez no le conocería nadie, aunque sus obras pasaran, como han de pasar, a la posteridad.

«El Chico de la Blusa!»
Imposible.

«Vicente Pastor!»
Admirable.

El efecto que los anteriores párrafos causaron en los aficionados fué excelente, y el torero de la calle de Embajadores tomó tan en serio la proposición del famoso cronista en puntas, que ya sólo usó el apodo, porque se hallaban tirados los carteles, en las dos últimas novilladas que toreó en Aranda de Duero, sucesos pitonudos acaecidos el 15 y 16 del expresado mes septembrino, en unión de Mazzantinito, despachando fieras cornúpetas de Clairac y Carreros.

Y así acabó la novilleril vida en el año 1902, año en el que actuó en treinta y siete corridas, estoqueando noventa reses, El Chico de la Blusa, apodo o remoquete que, en recuerdo del florado amigo «Don Modesto», no volverá a salir de los puntos de mi pluma en las siguientes narraciones.

Empresario del coso madrileño don Pedro Niembro, éste y su representante, Jacinto Gimeno, confeccionaron para la segunda temporada del 1902 el cartel renovación de abono con los nombres de los siguientes «maletas»: Luis Mazzantini, Quinito, Antonio Fuentes, Emilio Torres, Bombita; Conejito, Antonio Montes, Ricardo Bombita, Lagartijo Chico, Machaquito, Saleri y Vicente Pastor, que tomaría la alternativa.

Se efectuó ésta en la décimoquinta corrida del abono, el 21 de septiembre, siendo presidida la fiesta, que empezó a las cuatro de la tarde, por el concejal de turno don Francisco González Avila. Lidiáronse seis toros del duque de Veragua por Mazzantini y Vicente, figurando como sobresaliente Mazzantinito.

En esta corrida también tomó la alternativa como picador, que le fué conferida por Juan Jiménez, Chato, Manuel Fernández, Chanito, hermano de los célebres varilargueros El Largo y El Chano.

Pisó la arena en primer lugar el toro Aldeano, cárdeno oscuro y abierto de pitones, cuya cabeza, disecada, aun contemplan los «pastoristas» con la natural nostalgia en la célebre taberna del también ex matador de toros madrileño Antonio Sánchez.

Picado el bovino de la ceremonia por Chanito y Chato, fué banderilleado por El Albañil y Joaquín Pérez Torerito, cediéndoles los palos el hermano de Mazzantini, Tomás, y Simón Leal.

Don Luis, con aquella prestancia tan suya, cedió los «traastos» al neófito, que vestía de verde y oro.

La faena del nuevo doctor en tauromaquia fué buena, acabando con la vida de Aldeano con una estocada, siendo el diestro ovacionado y dando la vuelta al ruedo.

Con otra hasta el puño mató a Gallardo, corrido en cuarto lugar, y en el que cerró plaza, Talavero, estuvo el madrileño valiente, siendo aplaudido.

Por esta corrida percibió Vicente, de la Empresa, la respetable cantidad de nueve mil reales! Salió el público complacido de la fiesta y mucho más «Don Modesto», que al siguiente día encabezaba su crónica taurina con los siguientes párrafos: **Muerte del Chico de la Blusa. Natalicio de Vicente Pastor.**

Allá, dentro de cincuenta años, cuando nuestros hijos arranquen por las mañanas las hojas del calendario de pared, leerán en las efemérides correspondientes:

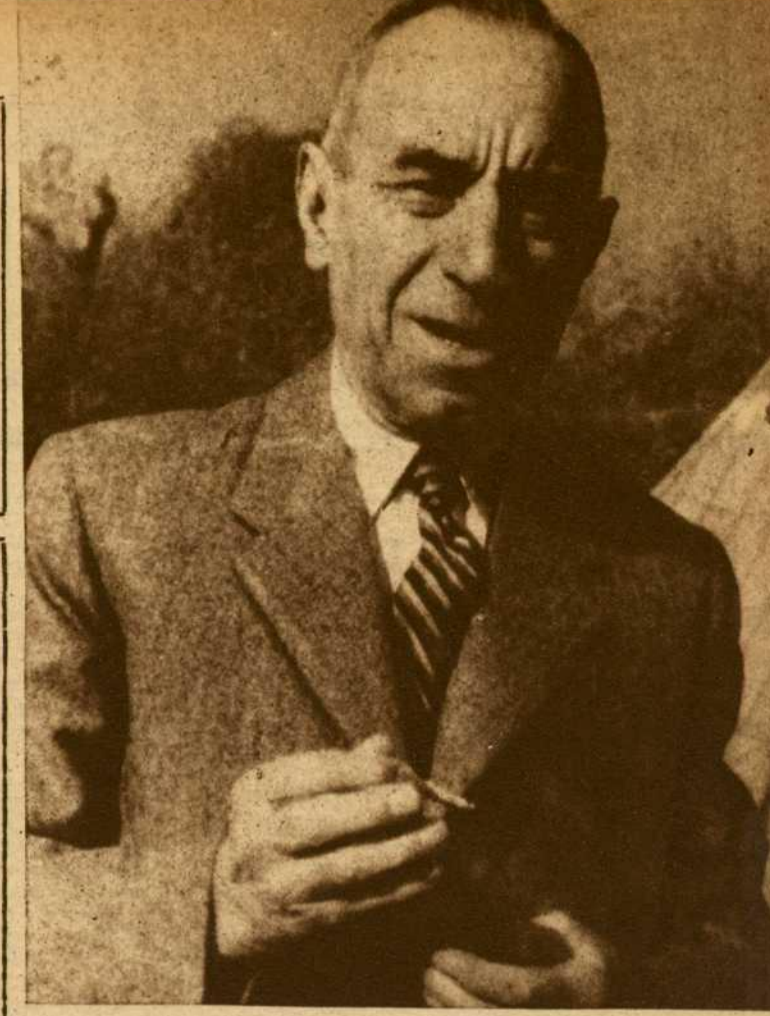
«14 de septiembre. Muere en la Plaza de Toros de Madrid el novillero apodado El Chico de la Blusa.»

Y siete días más tarde:

«21 de septiembre. Nace en la Plaza de Madrid el matador de toros Vicente Pastor.»

Gritemos con energía:
«El Chico de la Blusa ha muerto!»
«¡Viva Vicente Pastor!»
Y que así sea por muchos años —exclamamos ahora sus amigos y admiradores.

DON JUSTO



El ex Chico de la Blusa, en un momento de su charla para EL RUEDO

Vicente Pastor se para ante un puesto del Rastro madrileño



LA POSADA DEL CHAPERO

Frecuentada por toreros de todas las categorías en los finales del siglo pasado y primeros lustros del presente



El señor Nicasio y la señora Antonia, matrimonio que durante veinte años rigió y administró la "Posada del Chaperero"

El veterano y siempre leído Don Justo, a hacer en EL RUEDO el relato de la vida del torero madrileño Vicente Pastor, ha traído a colación el gran aprecio en que éste tenía a una posada zaragozana conocida por la del «Chaperero»; aprecio que sbercaba también al propietario de la posada, el señor Nicasio, cuyos apellidos eran Gracia Mateo, con el que guardó siempre amistad fraterna. La muerte del señor Nicasio puso fin a aquella amistad tan cordial y recíprocamente sentida.

El verdadero nombre de la posada era el de Santo Domingo. «Posada de Santo Domingo» rezaba el rótulo fijado sobre su puerta, hasta que el edificio fué derribado; hace tres años, para levantar en su solar la fábrica de un nuevo cine.

A la posada de Santo Domingo se la denominaba popularmente del «Chaperero», porque el antecesor del señor Nicasio en la propiedad del inmueble era un posadero famoso que tenía la debilidad de jugarse a las «chapas» con sus huéspedes el importe de los hospedajes.

La «Posada del Chaperero» estaba situada en los comienzos de la calle de Pignatelli, conocida vulgarmente por la de la Paja, vía ciudadana que hasta ser construida la moderna y amplia del General Franco, que atrajo hacia ella la circulación, era el camino más frecuentado y castizo para ir a la Plaza de Toros.

Si la calle de la Paja nos pudiera contar su propia crónica, ¡qué de cosas nos diría de la Zaragoza taurina del siglo pasado y cuatro primeros lustros del presente!

Por ella pasaron a hombros de los entusiastas los toreros triunfadores y por ella pasaron también amotinados en son de algarada los aficionados irascibles en días desdichados de festejos que disgustaron y soliviantaron a la afición, que no encontró otro medio más a

mano para desahogar su enfado que armar fuerte alboroto y quemar las maderas de las gradas y de la andanada.

Si castiza y popular era la calle de la Paja, una de las más típicas de la parroquia del Gancho, no lo era menos su «vecina» o «sinquilina» la «Posada del Chaperero», en donde se hospedaban habitualmente viajeros, empleados y arrieros; estos últimos casi siempre de los pueblos del bajo Aragón, vestidos con su indumento clásico.

En la época en que la regentó el señor Nicasio, de 1894 a 1914, la «Posada del Chaperero» estuvo acreditadísima, tanto por la campechanía, caballerosidad y trato acogedor del señor Nicasio, como por las dotes de gran cocinera que tenía su mujer, la señora Antonia Forcés, que aun vivo, con sus setenta y dos años cumplidos, y Dios quiera que siga viviendo muchas más, al

lado de sus hijos. Al olorcillo de sus succulentos guisos al estilo de la tierra; al reclamo de su bacalao al ajo arriero, de su salmorejo y de sus pollos a la chilindrón, rociados con un buen cariñena, acudían gentes de pro, bien avenidas con la cocina baturra.

Al llegar la temporada taurina, por Pascua de Resurrección, en el ambiente colorista, baturro y simpático de la «Posada del Chaperero» entraba un nuevo elemento para darle mayor carácter y colorido. A la clásica posada llegaban entonces los toreros con su alegría y con sus decires graciosos, que a veces no hacían malas migas con la socarronería zumbona de los huéspedes baturros.

En la «Posada del Chaperero» hicieron parada muchas veces el padre de los Bienvenida, Agua'impia, Potoco, Rafael, el Gallo, y otros. Menos Bombita y Machaquito, todos los toreros de aquella época pasaron por ella. El último que la visitó fué Celita.

Todos estos detalles nos los va contando en agradable conversación don Anselmo Gracia, el hijo mayor del señor Nicasio y de la señora Antonia, que hoy con su hermano Luis lleva en Zaragoza un floreciente negocio de maderas.

Y vamos con la presentación de Vicente Pastor en la «Posada del Chaperero» en los años finales del siglo pasado.

El que había de llegar a ser figura de gran categoría en el toreo, sosteniéndole la pelea a Bombita, Machaquito y Rafael, el Gallo, era entonces El Chico de la Blusa, un torerito modesto, callado, que no se lanzaba a hablar si no se le invitaba a ello. Pero los hombres noblotos, acogedores, con experiencia de la vida, como el señor Nicasio, veían pronto en la mirada de Vicente Pastor una expresión clara de honradez, de bondad y de ganas de triunfar en la vida por el propio esfuerzo.

Y por eso simpatizaron en cuanto se vieron Vicente Pastor y el señor Nicasio. El Chico de la Blusa, el que años más tarde, en pleno encumbramiento, sería Vicente Pastor a secas o León de Castilla para los madrileños, y Sordao romano para los sevillanos, llegó una tarde de verano a la «Posada del Chaperero» con una carta de recomendación. Venía a Zaragoza para tomar parte en una novillada sin caballos que se iba a celebrar al día siguiente.

Los toreros que habían de alternar con él estaban también en la posada y no estuvieron muy cordiales con el recién venido.

El señor Nicasio, que se dió cuenta de la fría acogida, quiso agradar al madrileño y campechanamente le invitó a hacer con él mano a mano la primera comida en su casa.

De aquel gesto del señor Nicasio, agradecido de todo corazón por el torero, surgió la amistad casi fraterna entre ambos.

Llegaron para Vicente los días prósperos y el halago de la gloria, pero él no olvidó nunca a su amigo Nicasio y a la castiza posada zaragozana.

En el cuarto en que durmió casi ignorado El Chico de la Blusa en los finales del siglo pasado descansaba en las ferias del Pilar de 1911 el León de Castilla, después de haber cortado en Madrid la oreja del toro Carbonero, de Concha y Sierra.

Como el pez en el agua se sentía Vicente Pastor en la «Posada del Chaperero». Y si grande era su amistad con el señor Nicasio, mayor era su admiración por la señora Antonia, cuyos cocidos celebraba diciendo que para su gusto eran los únicos que podían alternar con los madrileños típicos que preparaba su madre.

Pasaron así unos años, hasta que un día Vicente Pastor tuvo una tarde negra en Zaragoza. Rodaron las cosas mal en el ruedo y peor en los tendidos. El público de hace treinta años en Zaragoza, como en las demás Plazas de España, tenía momentos de dureza desmedida con los toreros; la misma dureza que ahora tiene con los árbitros de los campos de fútbol.

Vicente Pastor llegó aquella tarde contrariado a la «Posada del Chaperero», y mientras se quitaba el traje de luces le dijo a su amigo Nicasio, con más tristeza que coraje: «Ya no vendré a torear a Zaragoza. Sé que no me contratarán más; pero aunque quisieran contratarme, yo no vendría».

Y aquella tarde terminó la historia taurina de Vicente Pastor en Zaragoza, con gran sentimiento del señor Nicasio y de muchísimos aficionados.

Al concluir la entrevista, una pregunta final le hacemos a nuestro interlocutor.

—¿Qué «cartel» dejaron los toreros en la «Posada del Chaperero»?

—Buenísimo —nos contesta—. Siempre estuvieron cariñosos y respetuosos con mis padres y nunca, ni aun los más modestos, dejaron una cuenta por abonar.

Para que después los chillen en la Plaza de mala manera los «morenos» exigentes e irritables, como a Vicente Pastor en aquella tarde desdichada; la última en que toreó en Zaragoza.

¡Pero, señor, si son tan buenos muchachos!



La típica calle de Pignatelli o de la Paja. Camino bullicioso y animado para ir a la Plaza de Toros de Zaragoza en la época en que llevaba coleta Vicente Pastor. En el primer término de la derecha, en el lugar que ocupa el edificio de ladrillo, se levantaba la popular "Posada del Chaperero"



Vicente Pastor en un pase de muleta. Este torero, cuando era aún El Chico de la Blusa, llegó a la "Posada del Chaperero" y trabó una cordial amistad con el dueño, que duró hasta la muerte de éste

**NUEVOS AFICIONADOS
DE CATEGORIA**

**JOSE VICENTE PUENTE
ES "MANOLETISTA"**

**EN UNA NOCTURNA LE BRINDARON
UN TORO POR EQUIVOCACION**



José Vicente Puente, este joven escritor de un estilo nervioso y fino, vivo y penetrante es hombre inquieto, de múltiples actividades. Nadie sabe de dónde saca el tiempo el autor de *Fausto*, 44 y —con Agustín de Foxá— de *Gente que pasa*. Lo cierto es que José Vicente Puente escribe y escribe: artículos, comedias, novelas; hace periodismo activo, atento a la jefatura de Redacción de Fotos; lleva a cabo celosamente su gestión como edil del Ayuntamiento y conduce como gerente el timón de la gran Empresa que heredó de sus mayores. Y,

además, no descuida la vida social, no se pierde un estreno de cine ni de teatro, como no se pierde una corrida de toros.

¿Cómo puede ser esto? Yo creo haber sorprendido su secreto. José Vicente Puente trabaja a una velocidad vertiginosa, le saca al tiempo todo su jugo y por eso las horas parecen dar de sí para él más de lo que normalmente dan para la mayor parte de los mortales.

En los toros, José Vicente Puente es un espectador bien caracterizado. De los que discuten con el público, de los que ocupan siempre la misma localidad. Allí, en su abono de la contrabarrera del 1, se puede ver a José Vicente Puente, las tardes de festejo, fumando un cigarro interminable. Y lo curioso —y lo gracioso— de ese puro es que Puente no fuma. No fuma más que cuando va a la Plaza, porque entonces lo considera obligatorio.

—La afición taurina —empieza a explicarnos en este «hall» de gran hotel, donde de paso que sostiene nuestra conversación solventa algún otro asunto de mayor importancia que el nuestro— la heredé de mi padre y el abono también lo heredé de él. En la Plaza vieja, mi padre, lo que él hubiera disfrutado viendo a Manolete!, estaba abonado a tabloncillo del 1, junto con otros aficionados muy inteligentes: don Pedro Muñoz Seca, Pepe Leblanc, Ricardo Fe, Gasset... Era yo un niño y ya iba a los toros. Pero no recuerdo cuál fue la primera corrida que vi. Quizá fuera en Tetuán. No sé. Se pierde todo en mi memoria. Y yo creo que es por la influencia del toro actual, que borra todo lo anterior. Sí recuerdo, de los primeros toreros cuyas actuaciones han quedado grabadas en mi mente, a Posada y a Dominguín, padre. Lo que sí veo ahora perfectamente es la despedida de Juan Belmonte, ya en la Plaza Nueva. Ese día el «pasma de Triana» cortó las dos orejas y yo le vi llorar de emoción, apoyado en el burladero. Le vi muy bien porque ya estábamos en contrabarrera. Mi padre y sus amigos, como el tabloncillo estaba

en la nueva Plaza demasiado alto, se decidieron por esta otra localidad, que es, como le he dicho, a la que voy yo ahora.

Pretender llevar a José Vicente Puente por el fácil camino periodístico de las preguntas y respuestas es demasiado difícil. A Puente hay que dejarle hablar, hasta que hace una pausa para tomar un sorbo de café. Y entonces se le puede preguntar, por ejemplo, si es «torista» o «torerista», en la seguridad de que recibiremos siempre una respuesta adecuada a su temperamento, a su afición por las palabras rotundas y terminantes:

—Ni «torista», ni «torerista». Soy Manoletista.

—Pero...

—Pero, ¿qué? ¡Manoletista, sí, señor! Y no porque Manolete sea amigo mío, pues también lo son otros matadores, sino porque es el torero que más me apasiona. Sin embargo, cuidado. Soy partidario decidido del toro grande, con casta, con arrobos, con poder. El toro pequeño le quita emoción al toreo. Sin embargo, si quiero decir que los toros son iguales para todos los toreros y que los demás toreros, a los que no por esto voy a negar su mérito, no hacen lo que hace Manolete. Con toros grandes, pasaría lo mismo, es decir, Manolete estaría de los demás exactamente a la misma distancia que está. Y otra cosa.

—Venga.

—Yo soy de los que escuchan con más respeto y atención a los viejos aficionados y siempre estoy deseando que me cuenten cosas del Guerra y de Machaco. Pero Manolete... Manolete es el que ha metido a la nueva generación en los toros. Cuando el barbero nos pasa la navaja sin mirarnos, le decimos: «¡Eh! ¡Que no eres Manolete!» ¿Eso qué quiere decir? Que Manolete hace girar en torno suyo la atención y la expectación de esta hora. Y ello es porque este torero ha devuelto a la fiesta su pasión, la ha elevado de tono, ha ganado para los toros a millares de aficionados que a no ser por él jamás hubieran ido a la Plaza. La temporada pasada creo que ha sido para Manolete la temporada de oro, lo que no importa para que las demás sean de platino, porque él está en lo que el doctor Oliver llama la curva ascendente.

Otro sorbo de café, que ya no aprovecho para colocar otra pregunta porque tengo la certeza de que no hará falta.

—Lo que no me gusta de la fiesta son los caballos con peto. No me gusta porque es muy feo, muy feo. Antiestético, antiartístico... Y otra cosa que no me gusta es la mujer que pide el toro grande. Me parece poco femenino. El toro grande lo sabemos pedir los hombres, que somos unos bárbaros. ¡pero, ellas...!

—¿Qué le falta al toreo de hoy?

—Su película, su gran película en colores, para que cruce el mundo. Mejor dicho, no una película aislada, sino muchas, cuantas más, mejor.

—Decía antes que tenía amistad con algunos toreros...



—Sí. Con Ortega, que no sólo me parece un torero extraordinario, sino una persona muy inteligente. Con Albaicín, con Maravilla... Y no he conocido ninguno de tipo zarzuelero. El torero de hoy está incorporado al ritmo y a la vida de hoy. ¡Como debe ser, señor!

—Es que antes...

—Antes... Yo no niego que antes... Pero en esto del toreo se recuerdan demasiado los versos de Jorge Manrique. Nos han dicho ya tantas veces que cualquier tiempo pasado fué mejor, que es cosa de tener en cuenta también la exageración a que propende la gente, lo que se abultan las cosas, a medida que los días se alejan de ellas...

Yo estoy enterado de que Puente ha asistido a varias tientas y —quiero saber ahora si ha sentido la tentación de torear.

—Nunca. Ni he toreado, ni torearé nunca. No quiero desorbitar mi admiración. Ni he sentido la tentación de torear, como no siento la tentación de hacer equilibrios cuando voy al circo o la de cantar ópera cuando voy al teatro. No he sentido más que la tentación de escribir de toros: reseñas, críticas, crónicas, comentarios. Mi afición está siempre presente en mí, hasta cuando no me doy cuenta y empleo en la conversación metáforas y símiles taurinos. Otra muestra de mi afición. Para ir a la feria última de Zaragoza tardamos dieciocho horas, tuvimos cuarenta y dos averías y abandonamos dos coches en la carretera. ¡Pero llegamos! Mi admiración se extiende a los escritores taurinos, a los que leo con especial satisfacción, y me postro ante la erudición y sapiencia de José María Cossío.

—¿Y siempre has sido manoletista?

—Después de la guerra, sí. Antes de la guerra, era de Ortega, de aquel Ortega a quien le pitaba el sol... Y ahora querrá usted una anécdota...

—No es mi costumbre, pero vamos a ver...

—El único brindis que me han dedicado fué por equivocación, en una nocturna. Yo estaba con Amparito Rivelles y Alfredo Mayo. Alfredo y yo llevábamos el uniforme de verano: la chaqueta blanca. El novillero se creyó que Mayo era yo y me largó un brindis precioso «por mis magníficas interpretaciones cinematográficas». Al terminar la faena, le mandé una tarjeta dándole las gracias... en nombre de Alfredo.

Y José Vicente se ríe y se ríe, sin oír a un botones que grita su nombre para que vaya al teléfono.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

Charla de fin de temporada

Acoso de reses bravas bajo una tempestad de nieve. «Ante el toro adulto se demuestra el temple de los buenos toreros»



Luis Miguel Dominguín posa ante Manzano cubierto de nieve.



ESTA vez no ofrezco únicamente estas impresio- nes para saciar la curiosidad del lector, sino más bien para reflejar aquí los sinsabores que «el reporterismo» trae consigo casi siempre.

Cuando en la tarde del primer miércoles del año acepté la invitación de Luis Miguel Dominguín para acompañarle a pasar un día de campo, no pude prever las incidencias que a Manzano y a mí habían de «acongojarnos».

A las diez de la mañana del siguiente día, nos congregábamos felices y contentos ante la perspectiva de pasar una jornada alejados de las cotidianas tareas. El grupo quedó integrado por el duque de Pinhermoso, los Dominguín, padre e hijo, el reportero gráfico y yo.

Al poco de trasponer el coche la cuesta de las Perdices, el sol, que hasta entonces había pugnado en vano por romper los grises celajes, se ocultó del todo y en su lugar se inició una copiosa nevada.

En la magnífica residencia campestre del ilustre prócer, el confortable fuego de la chimenea y una bien abastecida mesa pusieron punto a mis maldiciones contra el temporal que venía a frustrar —por lo menos así lo creía yo— faena campera tan llena de atractivos como es el acoso y derribo de reses bravas.

Cuando, concluido el yantar, empezaron a humear los cigarrillos, en un aparte que nos dejaron los demás, procedí a aprovechar el tiempo con el menor de la dinastía Dominguín.

Y Luis Miguel, el torero para cuyos oídos se hizo familiar el trueno de los aplausos, el relámpago de la gloria para sus ojos y los horizontes más ilimitados para sus jóvenes ambiciones, refrenó impaciencias por salir a desafiar los rigores invernales y se avinó al interrogatorio.

—¿Quieres empezar por decirme cuántas reses has desorejado durante la temporada pasada?

—De las veinticinco novilladas en las que intervine, corté orejas en veinte. Y a partir de mi alternativa, conseguí cortar apéndices a quince toros entre los dieciocho que maté.

—Bonito «record», difícil de superar. Como en ti las tardes deficientes constituyen la excepción, recordará alguna de peor resultado.

—¿Y cómo no he de recordar, si ocurrió en Madrid precisamente? Ocurrió el año 1943, en la segunda corrida que toreaba, y como en la anterior estuve bien, la expectación fué enorme, hasta llegar a venderse todo el papel. Yo salí dispuesto a confirmar la excelente impresión causada, pero tuve la desgracia de tropezar con un ganado difícil, al que no había manera de torear. Para colmo, pagué un sobrero, un toro enano que me llevó de cabeza, pues me cogía por todas partes. Luego me enteré de que el tal torito llevaba dos años fuera de la ganadería y estaba ya graduado en latín y griego. Era lo que nosotros llamamos un toro «listo».

—¿Te hubiera agradado torear en otra época distinta a la actual?

—Pues, hombre, pensando en lo que soy, un torero que está empezando, sí me hubiera gustado torear en cualquier otro tiempo, aunque sólo sea por el hecho de ser menos penoso.

—Esto merece una aclaración.

—Ocurren hoy varios factores perjudiciales para todo torero que aspire a situarse en primera línea.

—Empieza a enumerarlos.

—Uno de ellos es el siguiente. Antes, bastaba explotar el éxito de un par de tardes en Madrid para convertirlo en veinte o más corridas. En cambio, ahora hay que justificarse todas las tardes, en Madrid y en la Plaza de más infima categoría. Una usted que nunca hubo un núcleo de toreros con tan excelente cartel como hoy, tanto en calidad como en cantidad, y se comprenderán las dificultades para los que quieren abrirse paso.

—Me estás resultando un «joven viejo», con tus disquisiciones, muy ciertas en verdad. Y ahora contesta a esta pregunta: ¿Cuáles son los mayores peligros —al margen de los toros— para el novel matador?

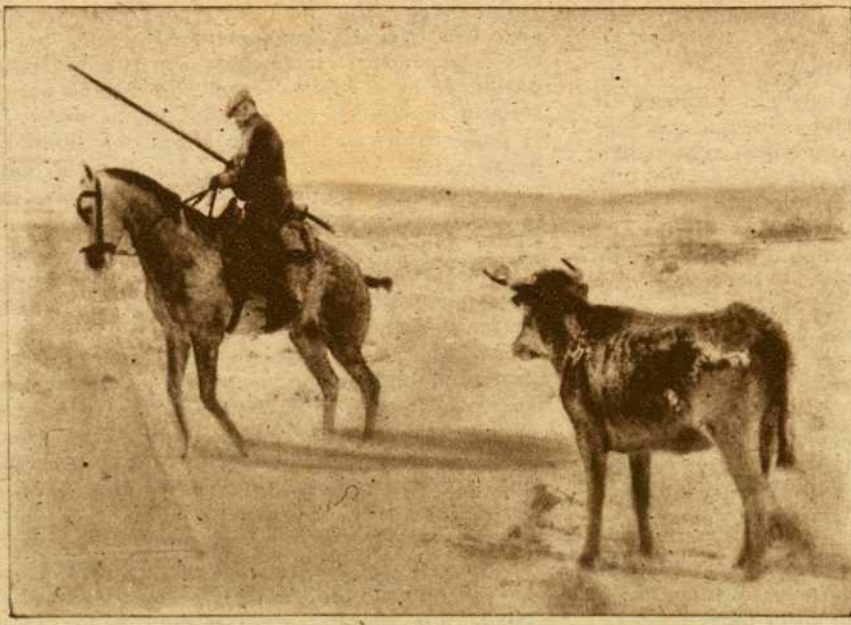
—A mi juicio, el mayor de todos es caer en el envanecimiento de que todo se tiene hecho y de que incluso pasó la época de aprender. Otro peligro lo constituye este Madrid con sus incitantes atractivos, de los cuales no hay más remedio que sustraerse.

—El que algo quiere, algo le cuesta. ¿Cómo desearías fuera el ganado a lidiar en la campaña próxima?

—Los toros grandes, bien armados y con nervio, constituyen la piedra de toque para contrastar quiénes son verdaderos toreros y quiénes



El nuevo matador de toros, con traje campero, se ciñe los zajones



Sobre el caballo, y en plena tempestad de nieve, Luis Miguel, garrocha en mano, se dirige a la becerria para derribarla

LUIS MIGUEL DOMINGUIN HABLA PARA "EL RUEDO"

Dos periodistas en grave peligro.—«En la Plaza, todo estriba en adaptar la lidia a las condiciones del enemigo»

por el contrario, no pasan de máscaras disfrazadas con trajes de luces. Y como con el toro adulto se demuestra el temple y las condiciones del torero, pues por mi parte venga en buena hora el toro de respeto.

—¿Qué públicos tienen para ti mayor competencia taurina?

—Los de Madrid y Sevilla. Los primeros pecan de extremar su dureza con los toreros madrileños, y, por el contrario, los de «la tierra de María Santísima» se pasan de apasionados en la defensa de sus paisanos. No obstante, su competencia es incuestionable.

—¿Cuáles son tus proyectos para la próxima temporada?

—Poco más o menos, los que por estas fechas sustenta todo torero. Arrimarme más que en la temporada pasada y confiar en la Providencia para poderla terminar felizmente.

—¿Piensas resucitar algún lance relegado al olvido?

—La pasada temporada practiqué algunos, como el gallo y el cambio a porta gayola, que casi no se practicaban, y este año, si puedo, desempolvare algún otro.

—¿Llevas a la Plaza una lidia preconcebida o te dejas llevar de la improvisación del instante?

—A la Plaza no se pueden llevar grandes planes estratégicos, puesto que no se sabe nunca el resultado que va a ofrecer el toro, y todo estriba en saber adaptar la lidia a las condiciones del enemigo.

—¿Temes la competencia de los mejicanos?

—De los toreros de Méjico, lo que más llama la atención es una novedad surgida al calor de los siete años de aislamiento taurino.

—¿Junto a qué compañeros te agrada más torear?

—Pues con todos los que la competencia tiene un carácter más acusado, esto es, con las figuras consagradas por el público y la crítica.

Aquí, bien a pesar mío, concluyó la conversación, y desde entonces los acontecimientos se precipitaron con desbordante celeridad. Nuestro anfitrión y Luis Miguel, perdidas las esperanzas de que cesara la nevada, decidieron realizar los planes previstos, y aunque los demás, en verdad, que no habíamos abandonado Madrid para ir «a luchar contra los elementos», tampoco era muy gallardo pasar por prudentes en demasía y ello aconsejó en mala hora seguir el ejemplo de los esforzados deportistas.

Nos dirigimos en el auto del duque al lugar donde había de realizarse el acoso. Los dos jinetes, caballeros sobre jacas inquietas, empuñaron las garrochas y se lanzaron en tromba a través de una pista completamente helada bajo una verdadera tempestad de nieve.

A poco los vimos venir, floja la brida y lanzados al galope, tras una vaca morucha. Al llegar a sus alcances, sin una pasada en falso, consiguieron derribarla con tanta agilidad como destreza.

Después de incesantes galopadas, los garrochistas cambian de alazanes, mientras los vaqueros, a una orden del duque, recogen la res para sustituirla por un novillote bastante mal encarado. Los jinetes, entregados a su ardoroso ejercicio, continúan incansables con renovado ahinco.

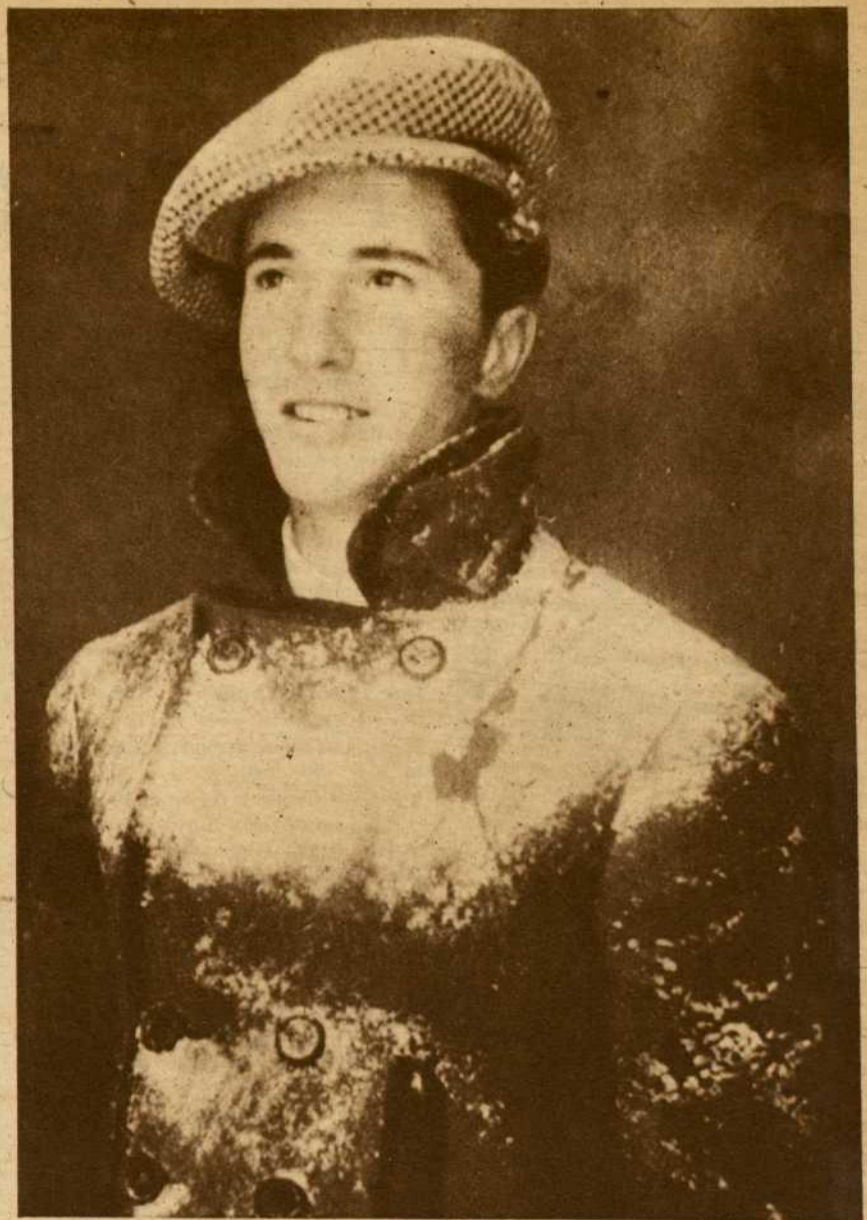
La turbonada formada por el viento y la nieve actúa de pantalla entre nosotros y los caballistas. Llegamos un momento en que desaparecen de nuestra vista. Decidimos abandonar el coche y a la ventura nos internamos a través de la informe y desdibujada pradera.

Una de las ráfagas de cierzo glacial me arranca el encasquetado chambergo. Corro tras él y, sin darme cuenta, entro en la querencia del novillo. Manzano, que se me ha adelantado en su afán de hacer funcionar su «Contax», consigue que el animal nos dirija su atención, y escapando del alcance de los caballos se viene encima con propósito de vengar en nosotros los malos ratos que le están haciendo pasar los garrochistas.

En el instante preciso de acosar a mi compañero de penas y trabajos, el viejo Dominguin, que no nos ha perdido de vista, sin tiempo de despojarse del todo de su gabán, consigue dar al novillo ceñida salida.

Otro peligro nos acecha al regreso. La carretera se halla completamente helada.

Decidimos proseguir a pie hasta encontrar terreno firme, y una de las veces que nos vemos obligados a apuntalar al coche con nuestros brazos, Manzano resbala, cae debajo del vehículo, y esta vez, oportunamente, el brazo de Luis Miguel logra asirle cuando ya una de las ruedas traseras se hallaba a escasos milímetros de su gazonete.



Otra foto de Luis Miguel, en la que se ven las huellas de la faena al aire libre



Después echa pie a tierra, y a pesar del terreno, torea al bicho y se adorna (Fts. Manzano.)



Luis Miguel y el duque de Pinhermoso, ante la cámara de Manzano y en plena tempestad de nieve

EN UN PALMO DE TERRENO

Por FELIPE SASSONE



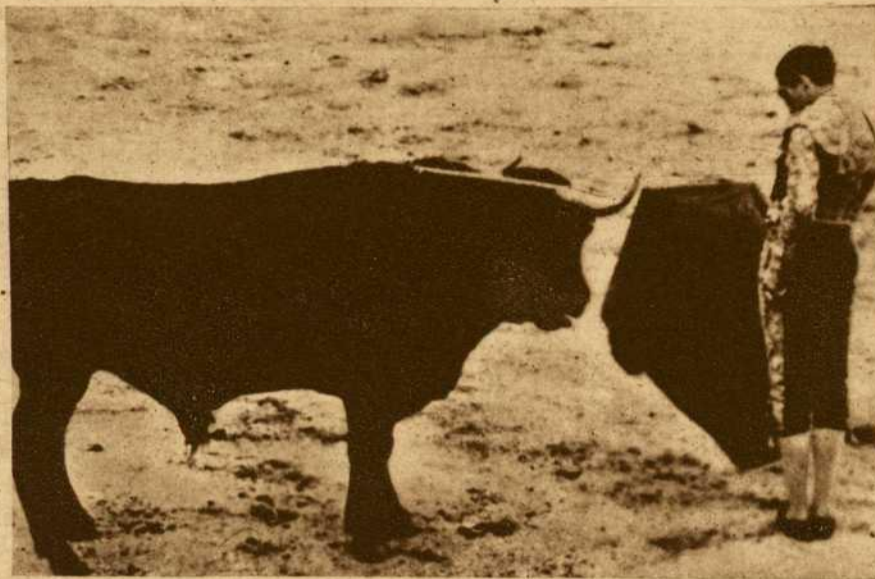
La frase que rubrica esta divagación —rubricar es también titular, lector amigo, y así decían los latinos cuando lo titulado o firmado lo estaba con letras rojas, que lo de rúbrica viene de la rojez—, la frase, repito, casi absolutamente taurómaca, se oye en labios de los aficionados cuando elogian una faena de muleta o la furia seguida con que acomete el toro en la suerte de varas. En este segundo caso, se pone de manifiesto la bravura del animal, que sin volver la cara después de cada puyazo, vuelve a atacar inmediatamente, sin huir para reponerse y sin necesidad de que le cambien de tercio para que vuelva a embestir en el sitio donde no le hirieron. El toro bravo de verdad vuelve a acometer allí donde le ofendieron, y hace toda su pelea, como indica la frase, en un palmo de terreno. En el otro caso, cuando sólo se refiere al torero, encarece la destreza y la serenidad del diestro, que se movió lo menos posible y en muy reducido espacio al sortear a su enemigo. Se dice entonces que el diestro ligó la faena. Yo diría mejor, esto es, creería decirlo mejor, afirmando que enlazó los lances de la faena, porque tengo para mí que todo el buen toreo es una teoría de enlaces.

Un pase aquí, dos allá, tres acullá, recorriendo todos los sitios de la Plaza, cortando el lance, no por defecto del toro, que no huye cuando es bravo, sino por voluntad temerosa del torero que no resiste o no consigue, por falta de habilidad, torear seguido, no constituye faena propiamente dicha. Bien está después de un conjunto de ocho, diez o doce pases, tras de los cuales queda el toro cuadrado y en reposo, que el diestro se aparte de él cómoda y airoosamente para dar lugar a que el toro se refresque y a que el público, ya sin la inquietud de verle torear, le apruebe con sosegado aplauso por lo bien que toreó. La ovación que así se busca es el resumen satisfecho y tranquilo de los oídos, al par entusiasmados y a la vez asustadizos, que acompañaron la acción de la faena, es decir, de aquella parte de faena que el torero interrumpe para reanudarla sin cambiar de tercio al toro. Hay veces en que la faena se corta por cansancio del lidiador, que no piensa, al interrumpirla, cómo el toro descansará a su vez, y así, al reanudarla, estarán lo mismo que antes torero y enemigo y nada positivo se habrá conseguido. También suele ser el cansancio del diestro un efecto del miedo a aguantar muchas embestidas seguidas, muchas conjunciones con el toro, muchos «centros de suerte», que es donde está el peligro. Por eso, la faena continuamente interrumpida y reanudada en distintos sitios de la Plaza no convence al buen aficionado, cuando no fué el toro, por sus condiciones, el que dió lugar a ello.

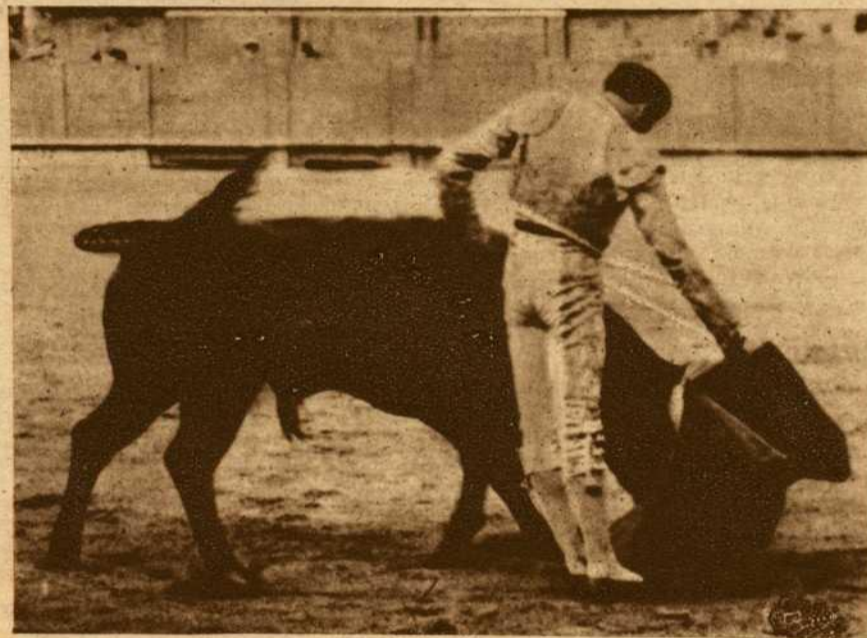
La faena en un palmo de terreno indica que el torero aguanta con impavidez las embestidas del toro y manda a su albedrío en los viajes del animal. Los lances han de ser necesariamente enteros, completos, para que cada viaje del cornúpeta sea precisamente inverso al viaje anterior, formando líneas rectas y paralelas cuando se torea derecho, como ocurre en el pase natural verdadero y en el pase de pecho en toda su integridad, de cabeza a rabo. El que torea en un palmo de terreno no puede dejarse comer el suyo, y cuando el toro se le ciñe o le corta, habrá de aprovechar la revolución del enemigo, inmediatamente después del lance, para mejorar su sitio antes de repetir la suerte, y cruzarse con el toro toreándole por el pitón contrario, metiéndose en el terreno del enemigo, que es lo que se llama enmendar el propio. El torero que «no se enmienda» no sabe torear, no torea: resulta toreado. Es casi imposible torear en un palmo de terreno por medios pases, porque a cada medio pase se pierde terreno y a cada lance van cambiando de manera arbitraria y casual las posiciones de toro y torero, y éste acaba yéndose hacia donde el toro le empuja y no el toro hacia donde le manda el torero.

La faena en un palmo de terreno es la prueba más evidente de la bravura del toro y de la serena habilidad del diestro, y es la que da una más dilatada sensación de armonía y conjunto, de plasticidad cuidada y de ritmo renovado y consecuente, de desahogo y dominio y, en una palabra, de unidad.

El torear en un palmo de terreno es la más suprema y difícil manifestación del buen arte del lidiador, como lo era en otro tiempo, entre los bailarines castizos de nuestro Madrid, el bailar el chotis dando vueltas al revés en el espacio de un ladrillo. Con la diferencia de que en el chotis se bailaba con una mujer guapa, y en la faena en un palmo de terreno se danza con el toro, que es danzar con la muerte.



Manolete citando en un palmo de terreno



Un gran pase del diestro cordobés con la derecha



Manolete toreando al natural con la mano izquierda



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

Un drama fuera del ruedo



El enorme temperamento dramático de aquel dramático torero que se llamó en vida Ignacio Sánchez Mejías sintió un día que los ruedos de todas las plazas del mundo le resultaban pequeños para desahogarse. No era suficiente aquel pasar y repasar de los afilados cuernos junto a su cuerpo sentado en el estribo —aquel viaje de las dos medias lunas de la

muerte—, mientras un público estremecido ahogaba en su garganta el grito de la emoción. Ni el trágico puente de los brazos en alto —muy en alto—, dejando los garapullos sobre la rabia enmorrillada de la fiera. Ni el apretado abrazo del lance ni el cruce que busca el corazón de la fiera, brazo armado, vista certera y pecho al aire. Ni siquiera ese instante del prólogo de la fiesta, en el que se da un baso hacia el mundo de la duda y del cual no se vuelve hasta que las mulillas dan su última carrera. Nada de esto le bastaba a su extraordinaria y trágica sensibilidad, y por eso, un día, cogió la pluma y escribió un drama.

A esa época de su vida corresponde la fotografía que ilustra esta página. Y aquí está, acompañado de don Fernando Díaz de Mendoza, ilustre figura de nuestro teatro, que fué quien, con extraordinario cariño, acogió la obra de aquel matador que buscaba nuevas sensaciones.

Están en la sombría sala de los ensayos. Más atrás —nos figuramos—, las butacas estarán cubiertas por ese sudario con que suelen arroparlas los acomodadores al concluir la función. Las voces de los actores, al recitar sus papeles, saltarán del proscenio al entresuelo y al principal y a la bóveda, apoyadas en el trampolín del eco. Y el espada, entonces, sí que sentirá el escalofrío que no sintió en las tardes soleadas, vestido de gladiador de oro y azul.

Pero allí están también don Fernando —su gran apoderado junto a las bambalinas—, que con suave y pastosa voz irá desgranando junto a su oído el rosario de sus sabios consejos, y que, poco a poco, irán aquietando el espíritu intranquilo del torero dramaturgo.

Y de todas formas, ¿qué importa nada? Si él no busca el éxito —que al fin y la postre se le entregó, como triunfador que era—, sino soltar el torrente de humanidad que se le va del pecho y para el que ya no quedaba sitio en todos los ruedos del mundo, estremecidos de emoción.

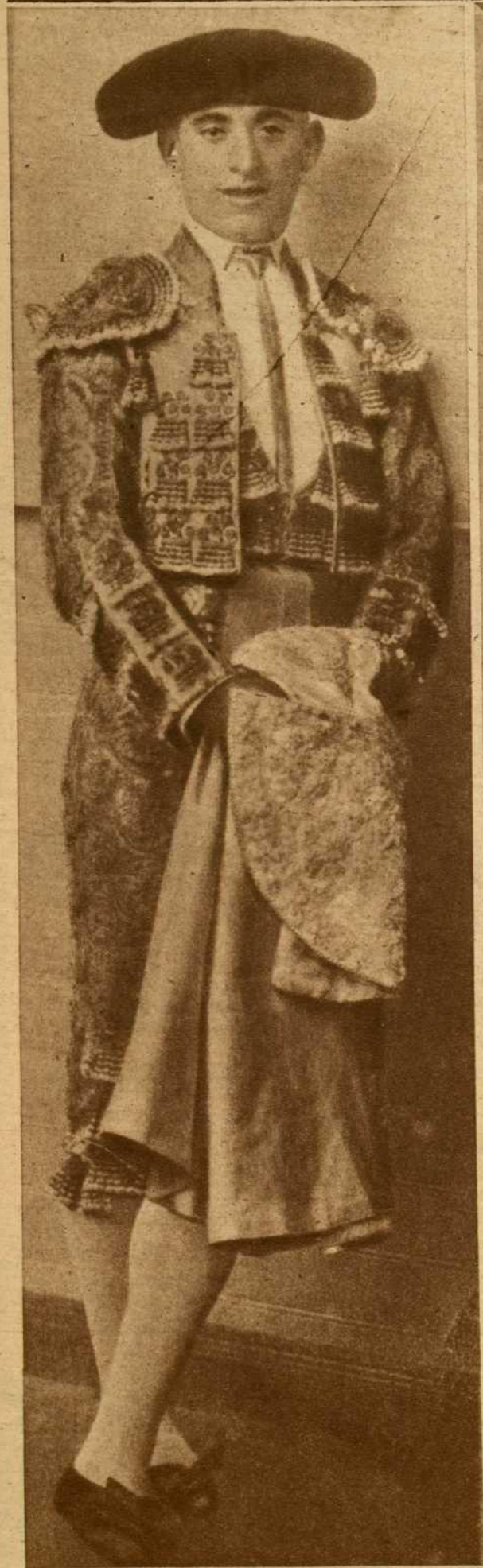
Es por lo que está en la frialdad de esta sala, cara a una alternativa en la que el valor no juega, pero en la que sí se siente el nudo en la garganta y la boca reseca y las ganas de huir buscando el burladero que no hay.

Y junto a él, don Fernando, y en las candilejas los actores soltando a la penumbra, uno a uno, los actos del drama que se salió de los ruedos para saltar a la concha del apuntador, buscando cauces por donde desahogar su enorme temperamento dramático de un matador de toros.



VIDA Y DESVENTURA de Diego Mazquiarán, FORTUNA

Se apodó así por haberle arrollado un tren. Sus fantasmas, el toro de la Gran Vía y la Cruz de Beneficencia
MURIO LOCO, EN UN MANICOMIO DE LIMA, EN 1940



Diego Mazquiarán, Fortuna, en su gran época de matador de toros.

FORTUNA fué uno de los últimos toreros que se quedaban en las astas de los toros al meter el estoque milímetro a milímetro, haciendo fama su arrojo al jugarse la vida sir reservas, cara a cara, en la emocionante suerte suprema —la hora de la verdad—, que es donde se cifran, compendian y culminan los episodios de la fiesta brava.

Allá, en Sestao —donde nació el 19 de febrero de 1895—, era un mozalón adusto y fornido que trabajaba en la industria metalúrgica como humilde obrero. Escapó una vez a Bilbao y vió una corrida de toros en la feria. La sugestión colorista del espectáculo le cegó los ojos, los labios le quedaron impregnados de un fuerte sabor de sangre y aquella bravura de tragedia le quedó grabada a buril en su mente. Cuando vió al primer espada de turno entrar a matar, gritó, frenético de entusiasmo:

—¡Eso lo hago yo!

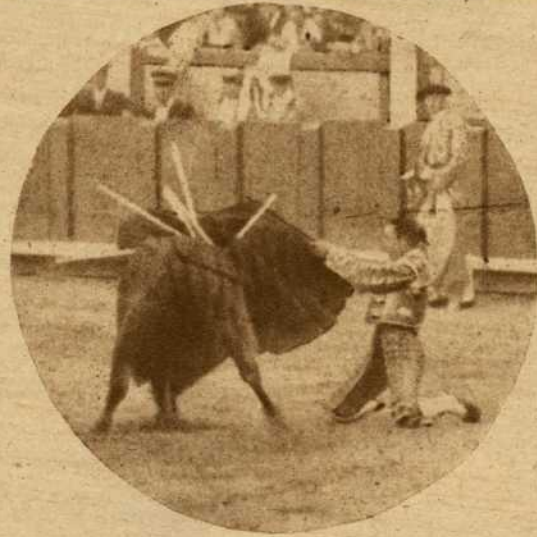
La gente miró al oscuro metalúrgico con gesto indefinido, aquella misma gente que a la vuelta de pocos años aplaudiría, trémula de emoción, como sacudida por una descarga de entusiasmo, las fulminantes estocadas del mozo seataorra, ya brillante de prestigio, de celebridad y de caireles.

La historia de Diego Mazquiarán y Torrón-tegui empezó de manera bien trágica y su vida estuvo a punto de vercer entre las garras de una quimera fatal. Después de aquella primera corrida que presenció en Bilbao, ya no pensó en otra cosa sino en hacerse torero y ser el que mejor derribara toros de una sola y soberbia estocada en la jugosa media naranja de las Plazas.

Rabiosamente oscuro en su presente, comenzó la odisea como los clásicos: kilométrico de tope, hatillo al hombro y debajo de la gorrilla de visera un verdadero caos de fantasías. En el rudo yunque de las capeas nacieron ilusiones y ensueños. Y en las herrumbrosas Plazas de talarquera —lienzo inmortal de Zuloaga— cosechó los primeros aplausos, no tan fáciles como muchos suponen, porque los lugareños son a veces más temibles que los toros «pregonaos» que en ellas se lidian. Allí, en el círculo de pandere-ta de esas Plazas, Séneca abría cátedra de estoicismo y el osado aprendiz de torero volvía por los fueros de antaño al atracarse de toro, al volcarse sobre el morrillo de las reses y mojar los dedos en la sangre caliente al clavar el estoque hasta la cruz.

Pues bien: un día, encastillada tras la oreja la colilla de puro logrado en la capea anterior, transido el cuerpo por el cansancio y molidos los huesos por el palizón de un marrajo, pudo llegar, peregrinando afanoso con otro buscador de gloria y de oro, a la estación del ferrocarril de Valladolid. Había que llegar a tiempo para torear en la capea próxima, y los pies, dos puras llagas, le negaban su colaboración para seguir la marcha andando.

El Padre Sol —buen camarada para los días



Un gran pase de Fortuna, con las dos rodillas en tierra.

y desde aquel día empezaron a llamarle sus compañeros Fortuna..., por la mucha que tuvo en el terrible trance. Y con Fortuna se quedó *p'a sécula sin fin*, como dicen decía Lagartijo el Grande.

Ya matador de toros, consiguió un honroso puesto entre los mejores espadas de su tiempo. La vida de Fortuna era entonces una vida tranquila, honrada. Se casa y se piensa en la noble ambición de ganar billetes en los ruedos para llevarlos a su hogar, a su mujer, llena de virtudes conyugales. Pero de pronto algo agita su vida, que tranquila se convierte en borrascosa. El fantasma de monstruo de hierro y fuego, el maldito tren, le atormenta la mente y no tiene paz ni durante el sueño. Fortuna que no conoció el miedo, tiembla y se estremece en breves convulsiones. El tren, siempre el fantasma del tren, pasando rauda y en estruendo abracadabrante sobre su cuerpo, atenaza y tortura su pensamiento, opimiéndole la frente como un atroz anillo de hierro.

Su mujer, sumisa, resignada y triste, asustada ante la posible perspectiva de su marido perturbado, va a al ganadero señor Aleas después del fuerte acceso nervioso que atacó al torero en su casa de la calle de Valverde el día de San José del año 1933. Acuerdan llevarse a «Los Quemadillos», dehesa que tenía el aludido ganadero en Colmenar, y de allí tuvieron que trasladarse al sanatorio del doctor Lafora, en Carabanchel, porque Diego les había tomado *fila* a unos pacíficos trabajadores, estaba furiosísimo y los quería matar. En el sanatorio comprobaron que acusaba síntomas de enajenación mental.

Al siguiente día promovió un fuerte escándalo, se abrió a las ventanas del sanatorio y pidió a gritos que libertaran, agregando que lo habían llevado allí a robarle un tesoro en alhajas... Acudieron los obreros de una fábrica de cerillas cercaña, reconocieron a Fortuna, creyeron que decía verdad y armaron una marimón de padre y señor nuestro. Se les había calentado la cabeza, amotinándose, y tras de luchar a brazo partido con las autoridades de Carabanchel, se dispusieron a tomar al asalto el sanatorio y libertar a Diego. Gracias a que llegaron en camiones fuerzas de Asalto de Madrid, pasó la cosa de ahí.

El pobre Fortuna padecía tan graves trastornos mentales que no podían reducirlo a la obediencia, consiguiendo huir del sanatorio unos días después.

Las grandes desigualdades de Fortuna como lidiador le impidieron ser una gran figura del toreo. El éxito que tuvo logrado en Madrid el día de su presentación como novillero —2 de agosto de 1914— le hizo ser el novillero



Villalta imponiendo a Fortuna la Cruz de Beneficencia, el 11 de octubre de 1928, en la Plaza de Toros de Valencia.

la guitarra, desgranaban la tristeza inenarrable de las canciones del Perú, haciendo las delicias de marineros vagabundos, europeos acaudalados y grupos de hombres de todas las razas, muchos de los cuales se han desgraciado y han ido a parar allí huyendo de la acción de la Justicia de sus países de origen. Tampoco faltan los gauchos, muy aficionados al aguardiente de caña, con sus espuelas, pistolones y grandes sombreros, por debajo de los cuales asoman largos mechones de pelo negro.

mimado en 1915, año en el que sumó 42 corridas, siendo el primer matador de novillos que cortó una oreja en la Plaza de Madrid —temporada de 1915—, llamándose el toro Lobito, de Medina Garvey. En 1916 —aquí sus contrastes— aquel diestro que ejecutaba tan maravillosamente la estocada, tuvo tales fracasos que incluso le echaron varios toros al corral. La fecha de su alternativa en Madrid data del 17 de septiembre del citado año de 1916, cediéndole el Gallo, la muerte del toro Podenqueo, de la ganadería de Benjumea. Su temporada más completa y brillante fué la de 1918, con 51 corridas toreadas, la mayoría de ellas con El Gallo, Belmonte, Joselito y Gaona.

Completamente olvidado de las Empresas, por cuanto que en 1927 sólo tomó parte en tres corridas, llegó el día 23 de enero de 1928, en que mató un toro desmandado en la Gran Vía madrileña, concediéndosele por su proeza la Cruz de Beneficencia, que en representación de las autoridades le impuso Nicanor Villalta en la Plaza vieja de Madrid, en la corrida celebrada el día 11 de octubre del mismo año, y en la que se lidiaron cuatro toros de Aleas y cuatro de Martín Alonso, procedentes de Veagua. Alcanzaban con él en tal corrida el mencionado Villalta, Valencia II y Tato de Méjico, confirmando Diego a este último el doctorado.

A Fortuna le cupo el honor de ser quien mató el primer toro lidiado en la plaza Monumental de las Ventas, fasto que tuvo lugar el miércoles 17 de junio de 1931. Se llamaba el toro Hortelano, de la ganadería de Domecq, y Diego estuvo muy bien con él, matándole superiormente, por lo que dió la vuelta al ruedo. La corrida se organizó por el Ayuntamiento en favor de los obreros parados, y con Fortuna hicieron el paseo Marcial Lalande, Villalta, Fausto Barajas, Luis Fuentes Bejarano, Vicente Barrera, Armillita Chico y Manolo Bienvenida, actuando todos ellos desinteresadamente.

La hazaña del toro de la Gran Vía y el resonante triunfo obtenido en Madrid una tarde de la temporada de 1930, le hicieron torear considerable número de corridas durante unos años, pero volvió a decaer. Tan así fué, que aquel gran estoqueador y formidable muletero —sí, señores, Fortuna fué un extraordinario muletero—, únicamente tomó parte en una corrida en la temporada de 1934, verificándose ésta el 1 de abril, en la Plaza de la carretera de Aragón, acompañado de Niño de la Palma y Luis Morales. Y aquí acabó su vida torera, dado que ya no volvió a vestir más en España el traje de luces.

Fortuna se embarca para el Perú. ¿Qué fué a hacer allí? Como torero estaba pasado, acabado. Lo único que se ha llegado a saber es que todas las noches su figura, emperezada y adolorida, extraña y rota, se movía en las chichertas peruanas, que en las ardientes jaranas vienen a ser lo que en España los típicos colmaos. Allí hay siempre indios calchaquíes que, al son de



Fortuna, después de haber dado muerte a un toro desmandado en plena Gran Vía madrileña. El hecho ocurrió el 23 de enero de 1928, y por cuya proeza le fué concedida la Cruz de Beneficencia.

Allí las pendencias son tan frecuentes, pero con Fortuna no iba nada. A nadie molestaba y todos le respetaban como a un dios mitológico. Un día, un gran español pretendió sacarle el pasaje para devolverlo a España, pero Diego lo rechazó con dignidad. Sin embargo, Fortuna, que tenía el corazón sólido de los hombres nortños y el espíritu aventurero y vagabundo, añoraba con honda emoción nostálgica su Patria. Hundía la cabeza entre las manos para escuchar mejor el ritmo lento y monótono de los yaravíes. Escuchaba cómo chafaban el silencio las voces aguardentosas de los indios bajo los techos de calamina. Y soñaba con España, con el alegre bullicio de España, con el sol y el cielo incomparables de España, a la que en obsesión tremenda decía no podía volver por culpa del tren... Hablaba poco, y si alguna vez lo hacía era para narrar alguna anécdota, hablar del maldito tren de Valladolid o para pedir una canción o un trago de chicha.

Los trastornos cerebrales le hicieron perder de tal modo la cordura que hubo de ser recluido en una Casa de Salud de Lima.

Y un día del mes de mayo de 1940, mes que es de Epifanía y de pagano cantar a la vida, Fortuna salió del circo de su existencia, envolviéndose en el manto de la muerte como en un joyante capote de paseo.

Un gran artista español, honra y prez del genio de la raza, rindió su mejor tributo de sentimiento y afecto al desventurado lidiador al erigir sobre su tumba del cementerio limeño un magnífico mausoleo.

AGUSTIN ALVAREZ TORAL



Fortuna, en sus años juveniles y ya popular matador de toros.

SIN VISTO BUENO

LAS SUERTES EN "INA"

Por EL CACHETERO



INICIALMENTE quisiera salir al paso de un resquemor que me viene apuntando a estas alturas de mi temporada de invierno. Por lo menos, ya se llevan escritos diez o doce artículos en que, efectivamente, el «visto bueno» no aparece por ninguna parte. Y es muy frecuente que a la citación de cualquier defecto actual se acuda, nostálgicamente, a la evocación de otros tiempos. Por eso, me interesa aclarar que yo no soy partidario de ellos en bloque, ni por mi edad, que hace que sólo los haya conocido de referencia de cualquier mano; ni porque tampoco crea que el torero se desenvolvía en ellos como un paso honroso de caballería andante. En el fondo, lo que sí procuro hacer es poner los puntos sobre las íes frente a una opinión más extendida y tan insensata como la de los «mejores tiempos pasados». Esta, la de que «el torero actual es mejor que nunca», también me irrita lo mío, porque lo que sí es verdad es que, con el lapso que ustedes quieran, ha

habido varios modos del torero, con sus ventajas e inconvenientes, y que el máximo de éstos es el que sólo pueden contraponerse teórica y abstractamente. Pero como los partidarios de los «tiempos idos y mejores» suman sólo docenas, suelen ser caballeros discretos, de edad casi proveya, y superviven en las Plazas sin clamoreos, no es cosa de molestarse en discutirlos lo poco discutible o lo exageradillo de sus afirmaciones. Los de la nueva hornada, los bien avenidos con la actualidad, propenden a lo clamoroso, a lo agresivo y a lo insoportable. Y por ello, contra su opinión excluyente, ha de esforzarse uno por clavar las saetas de los «sin visto bueno», que, sin ir más lejos, pueden encontrarse en la panoplia del torero, como se entendió hasta pocos años hace.

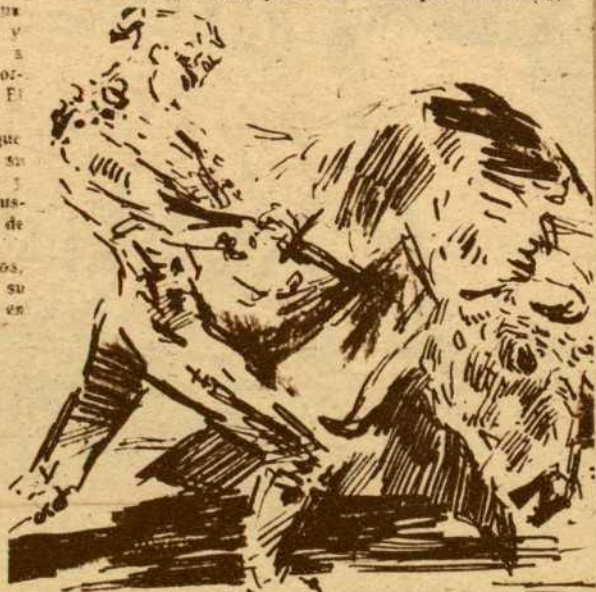
Tras este largo exordio, hay que decir que son muy actuales, por ejemplo, las suertes en «ina». Que ellas son buen pilar del moderno torero, de ese «mejor que nunca» que viene floreciendo. Chicuelinas, manoletininas por doquier, y hasta de arrucinas he leído. En primer lugar, y aunque sólo nos vengamos fijando en la nomenclatura, ya son detestables. Uno, no se sabe por qué, tiene otra idea de la eufonia que debe existir en el bautismo de una suerte del torero, y de cómo hay que buscar sonidos que tengan una raíz popular y, si se quiere, un poco desgarrada; pero que le dé a uno la idea de que de «re taurina» se está tratando, y no de una serie de productos de la casa Bayer. A mí, lo de las suertes en «ina» me parece desdichado con sólo nombrarlas, y al lado de ello, el pensar en que se ha podido decir en otros tiempos «torero por navarras y recortes», ya me suena a música angélica.

Pero con la ejecución toparemos en seguida. Si en la nomenclatura hemos parecido algo parnasianos y exigimos música torera sobre toda cosa, al tratar de la ejecución de las suertes en «ina» hemos de llegar a un terreno de precisión, de detalles lo más exactos posible. No hablemos de la serpiente, que me parece que debió ser la inicial —debida posiblemente a la cursi fantasía de quien quiso armar un bodrio demasiado augural entre las arenas de las Plazas y las danzas de Loie Fuller, como si previese lo que de estética de ballet iba a amenazar al torero en tiempos futuros—, y vengamos al resto, compuesto por el nombre de un diestro inventor y un derivativo en «ina». A mí, el torero por delante, el adorno ante la cara, el juego de pura gracia y movimiento, me parecen, en su sazón, maravillosos. Y el torero de parar, templar y mandar, no digamos, pues con la base nos hallamos. Las suertes en «ina» están entre el cielo y la tierra, sin más apoyo que ese pujo estético, tan en boga hoy, que remeda hasta casi límites de confusión el torero. La chicuelina, la manoleatina, etcétera, tienen de malo su simulación de suertes de lidia, cuando sólo lo son de adorno. Una cosa es sacarse el toro de jurisdicción torero y otra salirse uno sin dejar en ello sino un motivo estético. Pero lo curioso es que la gente tiene a las suertes en «ina» por suertes de aguante, cuando lo que se elude en ellas es tal cosa. La gente de hogaño silbará o pondrá reparos a una faena exclusivamente de adorno; pero contará como buenas —es decir, como básicas— las suertes en «ina», que entre las de adorno pueden figurar entre las más fáciles, además. Porque el puro adorno, que se supone sin más riesgo que el accidente o el que existe desde que se está a menos de diez metros de un toro, sólo en una gracia o un momento especial puede descansar.

Las suertes en «ina», que como simulación son una cosa genial; se aceptan con otra facilidad y ahí están, al alcance casi perfecto de cualquier debutante, al que no le sale natural ni en broma y del que se reirán a carcajadas si se adornase como Rafael El Gallo.

Nada, nada, hay que poner las cosas en su sitio en las Plazas y no quedarse sólo justos en las focaduras de astas.

Yo, por lo menos, creo que pongo en su sitio a las suertes en «ina» si apunto que me parecen el pastel de liebre sin liebre, o aquella merluza que se quería grande, pero que pesase poco. Yo no doy el visto bueno a que hayan colado estos embelecos semejantes.



ACTORES TOREROS

Un programa taurino y otro teatral

Por LUIS FONTEFRÍAS



Julita Fons en el papel de Posturitas de «La Torería»

DE nuevo el azar, en forma de felices hallazgos, me trae a este RUEDO, en el que siempre, más que en otros, tengo el temor de salir cogido, tal es mi poco conocimiento del arte de Cúchares o de Manolete.

Son un programa taurino y otro teatral los que quiero describir, más que comentar, para conocimiento de jóvenes aficionados y recuerdo de los más viejos abonados del 10. Y como ya basta de capotazas, vamos al toro, mejor dicho, al programa de la actuación de la compañía Pina di Lorenzo-Falconni en la Plaza de Toros matritense, una tarde de la primavera de 1907 en que abandonaron su habitual escenario de la Comedia.

De aquella tarde, —28 de mayo— sólo sabemos que fué primavera, porque así lo leímos en «La Corres...» del día siguiente, hablando del tiempo excelente que reinaba en toda la Península. De la gente que hubo o no en la plaza tampoco sabemos nada, y si únicamente que una sempiterna espectadora, la infanta Isabel, no pudo acudir, ya que en el programa de este festejo perteneciente a su colección, que hemos podido observar en la de un bibliófilo madrileño, dice «no estubo».

La Prensa de la mañana siguiente dedica al festejo taurino muy escasas líneas. Poco espacio, junto a una larga reseña de la imposición en Palacio de la birreta cardenalicia al arzobispo de Burgos y un telegrama de Monóvar dando cuenta de la llegada del «diputado señor Azorín».

Sobaquillo, el gran cronista de toros y de tantas otras cosas, nada dijo del taurino festejo; en cambio, Luigi Gabaldoni —Gabaldón— escribió en las columnas de «A B C», estas divertidas coplas:

«La in somma, d'ignori,
ha sido un divertimento;
Carini, Brizini, Zopetti,
Bonafin, junos maestros!»

Esta es, a grandes rasgos, los que permite un programa, aquella becerrada de un Madrid tranquilo, en donde la Prensa habla de disturbios en la Duma y de los viajes de los diputados. De un Madrid que viniendo al otro programa, éste hasta con fotografías, también ha visto a muy buenos actores hechos toreros.

Pero aquéllos saltaron del tablado a la arena y éstos trasladaron ésta a las tablas. El Eslava fué el ruedo donde una noche de marzo de comienzos del siglo se estrenó con éxito «La torería», que luego no hemos visto, al correr del tiempo, representada en ningún escenario español...

Sainete de Asensio y Más y Paso, con música del inolvidable maestro Serrano, que constaba de tres cuadros. De ella fué director escénico, a la par que distinguido intérprete y escenógrafo, Martínez Gari, que mostró sobremedera su acierto en la decoración de un tendido, donde, a pesar del pequeño escenario, colocó a sesenta personas. Sesenta espectadores —pueda que no haya tantas vicétiples y boyes en una revista de hoy— que por sus gestos y sus gritos hacían comprender que en la arena se estaba desarrollando una buena lidia.

Una rivalidad amorosa del Saluqueño y su banderillero el Posturitas, que interpretaba la bella Julia Fons, que vestida de luces lucía sus más bellas hechuras, era la trama central de la obra, en la que la señorita Velasco interpretaba el papel de Rosario, la mujer disputada por los dos toreros.

El cuadro del tendido es el más emocionante, ya que en él los espectadores ven cómo el banderillero, olvidando que su rival es el matador, la salva de los cuernos de un Miura. Y así, con tan bella acción, acaba el segundo cuadro, viendo en el último cómo el matador apadrina los nobles y castos amores de Rosario y su banderillero.

Un gracioso sainete que, acaso, sería gracioso resucitar para una fiesta en honor de unos toreros actores o unos actores toreros.



Casats en el papel de Nito Bonito de «La Torería»

NUESTRA CONTRAPORTADA

RODOLFO GAONA JIMENEZ

Por BARICO

Nació Rodolfo Gaona el 22 de enero de 1888, en León de las Aldamas, del Estado mejicano de Guanajuato. Por el año 1890 marchó a Méjico el banderillero de la cuadrilla de Frascuelo Saturnino Frutos, Ojitos, y al cabo de los años se supo que había fundado en aquel país una escuela taurina de la que era director. Dieciocho años después del de su marcha, Ojitos volvió a España, acompañado del mejor de sus discípulos, un legítimo tipo azteca, ceniceño, muy moreno, de regular estatura y porte majestuoso: Rodolfo Gaona Jiménez.

Tras fracasar en su intento de que Gaona hiciera su presentación en la Plaza de Madrid, Ojitos organizó una corrida en la placita de Puerta de Hierro, corrida en la que Gaona interesó a los espectadores que habían sido invitados por el antiguo banderillero de Salvador Sánchez. Este festejo sirvió para que la Empresa de Tetuán de las Victorias, convencida de los méritos del mejicano, organizase una corrida, que se celebró en dicho coso taurino el 31 de mayo de 1908, en el que el jerezano dió la alternativa al mejicano con ganado de Bertólez. En el mismo ruedo mató él solo, poco después, cuatro toros de Peñalver y el 5 de julio del mismo año confirmó la alternativa de manos de Saleri con ganado de González Nandín, actuando Mazzantini de segundo-espada. No toreó durante aquella temporada más que media docena de corridas y marchó a Méjico. Volvió al año siguiente y lo hizo en todas las sucesivas temporadas hasta la de 1920. No toreó en España en los años de 1921 y 1922. Volvió en 1923, pero se enfrentó con la Asociación de Empresarios y sólo toreó dos corridas en la Plaza vieja de Barcelona. En la última toreó ganado de Andrés Sánchez, con Fortuna y Rubio de Valencia, el 1 de julio. El 19 de agosto toreó en Burdeos y desde allí regresó a su país. Dicen que en Méjico, durante sus últimos años de torero, alcanzó los mayores éxitos de su vida y que llegó a dominar a los toros, cosa que no había logrado nunca. El 12 de abril de 1925 se despidió del toreo en la Plaza de la capital de su país, alternando con el español Rodalito en la lidia de seis toros de la ganadería de San Diego de los Padres. El último toro que estoqueó Gaona se llamaba Azucfrero.

Durante las temporadas de 1908 a 1920, toreó en España, Francia y Portugal 532 corridas y mató 1.196 toros. En 1912 toreó 62 corridas y 60 en 1918, en nuestro Continente.

Rodolfo Gaona era torero de grandes altibajos, debidos seguramente a que el mejicano hacía siempre lo que Ojitos le había enseñado y no observaba las condiciones de cada toro.

Rafael, el Gallo, dijo de él: «Gaona es un torero muy bueno, pero necesita que el toro se deje torear como a él le han enseñado.»

Gaona resucitó la olvidada suerte de lances al costado con la capa, a la que se bautizó indebidamente con el nombre de «gaoneras». Esta suerte se la sugirió Ojitos, que la había visto ejecutar a los toreros antiguos.

OJITOS Y PACO FRASCUELO

Había llegado Rodolfo Gaona a Madrid, acompañado de su maestro, mentor,

secretario y apoderado Saturnino Frutos, Ojitos, en los últimos días de febrero o primeros de marzo del año 1908. Las noticias que del torero mejicano había en la capital de España eran inmejorables; pero los empresarios que por entonces regentaban la Plaza de Madrid creyeron cosa a conveniente levantar un



Rodolfo Gaona brindando en una corrida celebrada en Méjico

muro de dificultades ante el nuevo matador, sin más propósito que el sacar la mayor ventaja económica de la presentación del mejicano en Madrid. Parece que este propósito sigue siendo el fundamental de los empresarios de Madrid, de Cuenca, de San Luis de Potosí, o de cualquier ciudad del globo en la que hay Plaza de toros, trátase de un torero sevillano, mejicano, chino, luxemburgués, malayo o de cualquier punto del planeta. Lo malo del procedimiento es que cuando el torero triunfa, suben de punto sus pretensiones, no olvidan la desconsideración de que, a su entender, fueron objeto y piden sin tino ni medida honorarios astronómicos que viene a satisfacer, con prodigalidad, el respetable y pocas veces respetado público.

Ojitos no llegó a un acuerdo con los empresarios madrileños. No se arrendó Saturnino Frutos, y para que los madrileños conociesen como torero a Gaona —personalmente lo conocían casi todos, pues su maestro lo había hecho frecuentar los lugares públicos—, organizó una fiesta taurina en la placita de Puerta de Hierro. A esta corrida invitó Frutos a críticos y aficionados, y aunque el ganado que se lidió fué manso, Gaona triunfó ruidosamente. En aquella ocasión, memorable para el mejicano, estuvo al lado de Ojitos y aconsejó al torero Francisco Sánchez, Paco Frascuelo, director entonces de una escuela taurina.

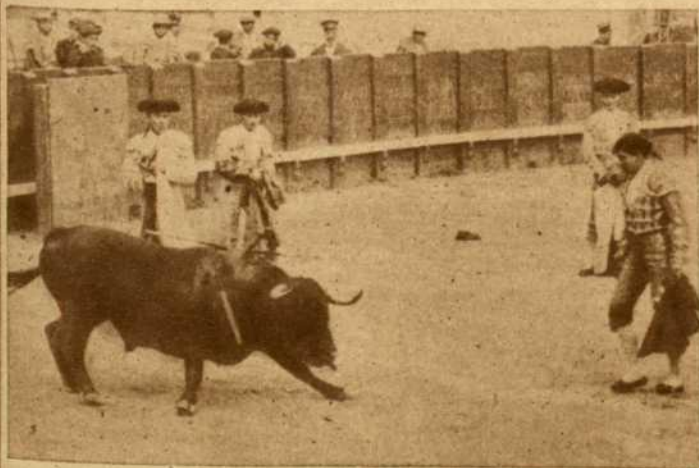
Sin duda, eran amigos Paco Frascuelo y Ojitos. Este había sido banderillero de Salvador Sánchez, como también lo fué Paco, y además Frascuelo sentía afecto por todo lo que llegaba de América, Continente del que guardaba muchos y gratos e ingratos recuerdos.

Digamos ahora quién fué Saturnino Frutos y quién Paco Frascuelo, ex toreros que tanto influyeron en la afortunada presentación de Rodolfo Gaona en la pequeña Plaza de Puerta de Hierro.

Saturnino Frutos, Ojitos, nació en Fuente el Saz (Madrid) el 5 de diciembre de 1855. Comenzó sus actuaciones taurinas en Plazas pueblerinas, y en 1877 y 1878 figuró ya como banderillero en algunas cuadrillas y estoqueó novillos en Plazas de poca importancia. Ya en 1885, cuando Victoriano Recatero dejó la cuadrilla de Salvador Sánchez para entrar en la de Mazzantini, Ojitos pasó a ocupar el puesto que el primero dejó vacante y con Frascuelo toreó hasta 1889. Fué a Méjico, dirigió las obras de la Plaza de Torreón Coah y fundó más tarde la escuela taurina de la que fué discípulo Gaona. Vino con el mejicano a España y cuando se separó de él se creyó que Ojitos era millonario. Murió en Guadalupe (Méjico) el 25 de octubre de 1913, víctima del cáncer, en la más espantosa miseria.

Francisco Sánchez Povedano, Frascuelo, nació en Churriana de la Vega (Granada), el 4 de octubre de 1843. Su padre, militar retirado, había contraído segundas nupcias con doña Sebastiana Povedano. Los recursos económicos de la familia eran suficientes a su sostenimiento; pero la pasión del padre por el juego redujo sus medios al extremo de que la familia hubo de abandonar Churriana.

El padre fué nombrado administrador de Consumos en Toledo, en donde permaneció siete meses. De Toledo se trasladó la familia a Sádaba (Zaragoza), una de las Cinco Villas de Aragón, en la que el padre de Frascuelo murió en 1853. Decidió entonces la madre trasladarse a Madrid y así lo verificó seguidamente, y en la capital de España se dedicó a la venta de avena y greba por las casas. A Salvador lo colocó primero de peón y más tarde de papalista, y a Francisco, un año menor que su hermano, de recadero. Pero este, después, estableció una escuela taurina en Madrid Moderno, y murió el 16 de diciembre de 1924.



Gaona viendo doblar a un toro después de una media estocada en las agujas



Un adorno de Rodolfo Gaona durante una buena faena



Domingo Dominguín



El picador Barajas



Valencia III



Paco Lara



Antonio Iglesias



Curro Caro



Parejo



El banderillero Gago

LOS TOREROS EN EL INVIERNO

Por 2-0, el equipo de los Caireles perdió en fútbol frente al conjunto del Celuloide

ANTONIO CASAL marcó los tantos

Pepe Bienvenida



Ángel Luis Bienvenida



Manolo, M. Vázquez



Antonio Casal, que marcó los goles





Un aviso al picador.
(Dibujo de Perea.)



Toiros célebres: Rodolfo Gaona.